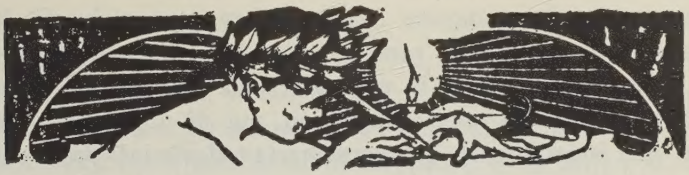
AÑO II ABRIL DE 1908 NÚM. 9.



NOSOTROS

REACCIONES

Leyendo á Spencer

Por su faz antipática y estrecha, por su falta de simpatía y por su incomprensión semivoluntaria del pensamiento ajeno, tuvo este pensador bastante castigo, y adecuado á la falta como si hubiera arreglado las cosas un autor de cuentos morales. ¡Nunca quiso leer á Kant? pues su metafísica, su estética y su teoría del derecho resultaron luz cinérea de Kant. Y, á fuerza de sequedad y de dureza, dejó su sistema rígido y frágil como esas «lágrimas batávicas» de la física: á la menor rotura se deshizo en polvo.

Pero rechazo esa comparación, que sólo enfatiza los aspectos malos. Se me ocurre otra menos injusta: la lujuriante brotación ideológica con que este pensador cubrió en un momento dado todo el campo de los conocimientos humanos, fué como el «abono verde» de los agricultores.

A veces vemos extenderse ante nosotros un trebolar vasto y lozano, del cual nada está destinado á quedar: todo será enterrado; pero otras cosechas aprovecharán la tierra fecundada con tanta riqueza.

De la obra de Spencer, en sí misma, poco quedó. Pero, hoy ¿puede alguien estar seguro de no haberla utilizado?

Recuerdo haber oído hace algunos años, en una clase de Fisiología, una lección sobre las teorías de la herencia. El profesor citó primero las clásicas; después, las modernas; y, al terminar su enumeración, nos dijo: «de todas estas hipó-

tesis, no creo que ninguna sea verdadera; pero, si he de indicar la más sugerente, paréceme que lo es todavía, á pesar del tiempo transcurrido, la vieja teoría de Spencer». Y como yo había sentido la misma impresión, me dí á pensar, admirado, que aquella teoría que permanecía todavía más sugerente que todas las otras, posteriores y de especialistas, no era más que una especulación incidental de un hombre á quien se debían cien como esa en cada una de las direcciones distintas de la ciencia humana. Y me faltaba todavía ver aparecer algunos años después la Biología de Le Dantec, admirar sus atrevidas interpretaciones, la tentativa de explicación química de todas las manifestaciones vitales, y reconocer en la aplicación de esa tentativa á la herencia (simple resultado, según el eminente biologista, de la tendencia de cada sustancia química á tomar su forma propia) la vieja teoría de Spencer: la sugerente comparación entre la tendencia del animal y la del cristal, respectivamente, á tomar su forma.

Leyendo á Víctor Hugo

....

.....

Muchos no admiran á Víctor Hugo; es decir: no lo admiran como corresponde,—y son sinceros: la explicación no está más que en la enormidad extensiva é intensiva de la obra, que no se puede *aprehender* en un acto de percepción estética. Víctor Hugo no es *aperceptible*. Así, en lo material, se puede sentir en un acto estético la belleza de un jardín, de un torrente ó de una montaña, pero no la de un continente.—Otros hacen paralelos con determinados poetas: con Vigny, con Musset; paralelos que *no tienen sentido*. Es como si se preguntara si tal jardín, tal torrente, tal montaña, es más ó menos bella que un continente; lo que procede es comparar el jardín con alguno de los que hay en el continente, el torrente ó la montaña con alguno de los que hay en el continente, que, en este caso, los tiene en profusión comparables á cualquiera, sin perjuicio de todas las malezas y demás vastas regiones estéticamente infrecuentables.

....

....

Hugo pretendió, y creyó unir lo trágico y lo cómico en su teatro, como Shakespeare; y los juntó, en efecto; pero la unión fué combinación en Shakespeare, y, en Hugo, mezcla.

....

....

Leyendo el Eclesiastés

Ya en aquella época pudo notarse claramente cuanto más fuerte es la parte crítica que la parte dogmática; la parte negativa que la parte positiva, la *pars destruens* que la *pars construens* de lo que los hombres piensan y escriben debajo del sol.

Leyendo á Augusto Comte

Atreviéndose á hacer el paralelo, se pregunta el lector: ¿quién está más encerrado: un humilde preso en una celda estrecha pero con vistas al campo, al mar, al cielo, á los horizontes ilimitados, – ó el Papa en su palacio vasto, rico, pero que acaba en un muro?

Por lo menos, es indudable que esta última situación favorece la tendencia á creerse infalible.

Leyendo á Goethe

Cuando leo citas del «Fausto», ó cuando las hago yo mismo, ese libro me parece de una genialidad sin medida. Cuando lo leo directamente, no tanto. Para admirarlo, mi tendencia es á considerarlo, más bien que como un libro organizado, como una especie de repertorio de frases para citar, admirables aisladamente, y con el mérito colosal de haber sido hechas por una misma persona.

Leyendo á Spinoza

En general, los filósofos que se consideran como *profundos* son los que dan á la filosofía un aspecto más parecido al de

las matemáticas, es decir: los menos profundos de todos (pues son los que prescinden de más elementos de la realidad, para llegar á ese simplismo extremo).

Leyendo á Taine

Ya es incomprensible que los espíritus geniales puedan ser unilaterales, y paralogizarse; ¡cómo no ha de ser, entonces, el mayor de los misterios intelectuales, este hecho de que la misma genialidad representa tan frecuente una facilidad, una disposición para los paralogismos de esa clase?

La inteligencia de este autor hace pensar en un caudal anchuroso y magnífico, pero de aguas petrificantes. Todo lo que tocó, lo dejó rígido. Y la obra es como un museo de cristales: variados, brillantes, de una suprema belleza geométrica; mas la sustancia ha perdido toda plasticidad y no admite moldeos ni retoques: el que quiera trabajar sobre ella, tiene que empezar por romperla á martillazos.

Y el mismo cerebro de Taine . . . Un momento de fantasía: Supongamos que los cristales se perfeccionaran, en esa vida misteriosa que empieza á reconocerles la ciencia moderna, y «evolucionaran», evolucionaran tanto, que llegaran á pensar. Indudablemente, su manera de ver y explicar las cosas tendría ciertos caracteres especiales. Y ¿no le parece al lector que los cristales de *genio* harían teorías por el estilo de las de Taine?

Leyendo á Verlaine

Los procedimientos de estas escuelas son una tentativa (es algo que hemos comprendido mejor después de James y Bergson) para expresar con palabras nuestro psiquismo no discursivo: esa realidad mental «fluída», de que no es expresión adecuada al pensamiento lógico, esquema, ni el lenguaje, esquema de ese esquema. Por contradictorio que sea ese esfuerzo para expresar por la palabra lo que es rebelde á la palabra, se obtiene con él un poco, un principio de lo que desearíamos: *sugerimos* algo del psiqueo inexpresable. Lo que resulta hermoso y bueno, ya sea ese psiquismo no dis-

cursivo, del común á todos los hombres, ó á algunos materia simpatizable,—ya sea del exclusivamente personal, porque entonces damos un vislumbre de nuestro tesoro interior.

Comprender esto, nos hace más simpático lo sincero de esas escuelas. También (lo que espanta é indigna, teniendo en cuenta la cantidad de engaño, de exageración, de artificio, de *pose* y de *snobismo* que se pone en esos procedimientos, y también la gran disposición de ellos, mayor todavía que en los corrientes, para hacerse mecánico y perder el espíritu) sentimos que hay una responsabilidad inmensa en manejar procedimientos que muerden hasta una región tan honda de las almas.

Y, precisamente, la verdad, la justeza, es mucho más difícil de obtener y de discernir en la expresión del psiqueo fluído que la esquematización discursiva, porque la falsedad no consiste ya en dar una idea por otra, lo que es grosero, sino en dar un matiz, un grado, por otro. Hay la misma diferencia que entre tocar mal el piano y tocar mal el violín: en el piano se toca una nota por otra, lo que es difícil de evitar y fácil de percibir: ese instrumento de notas fijas es el pensamiento discursivo, con sus ideas «solidificadas» por la acción de las palabras. Pero en estas otras tentativas, la determinación de lo verdadero, la discriminación de lo sincero y lo insincero, son cuestiones de afinación, de una delicadeza infinita.

Leyendo á Renán

Refutar á este autor, cuando abusa de su superioridad intelectual sobre nosotros para desconcertarnos demasiado, es tarea bastante fácil, al alcance de cualquier persona dotada de una consecuencia lógica normal, buen sentido y claro criterio. Pero, para refutarlo, habría que decir vulgaridades.

En época como esta, no hay escritor mejor defendido.

CARLOS VAZ FERREIRA.

Montevideo.

POESIA ESPAÑOLA

IDILIOS...

La plus aimée est toujours la plus loin.

C. CORBIÈRE.

¡Ensueños olvidados, idilios fugitivos!..
amores no sentidos, un momento soñados
que en mi espíritu viven como eternos motivos
de mi canción, jamás en vida realizados.

Porque unos bellos ojos me miran, ó una boca
me ríe, forjo historias de divinos amores
y va mi pobre alma en sus ensueños loca
á cortar unas rosas... Y en mi jardín no hay flores.

Amo en silencio siempre una imagen angélica
en un viejo retablo de un pintor primitivo...
¡Bendita tu mirada, vírgen prerrafaélica,
de inefable dulzura, por la que solo vivo!

Y también guardo como un único tesoro
el ideal no hallado, en una miniatura
y tiene melancólica, la divina figura
lejanos ojos grises que con unción adoro.

Y mientras que mi alma esos ensueños hila
quieren hallar mis labios un misterio velado
en tu boca — una rosa plena de clorofila,
de haber besado mucho ó nunca haber besado...

EN LA VIEJA SALA

En la quietud invernal, cerca de la camilla
he creído contemplar mientras que cae la nieve,
en este antiguo estrado de cretona amarilla
una tertulia de principios del siglo diecinueve.

Vendría un consejero de Indias, grave y sesudo,
un canónigo que haría exámetros latinos,
y un capitán de guardias, mujeriego y rudo
que era uno de los más entusiastas *cristinos*.

Entrarían despacio al toque de oración
y cuando sobre el pueblo la tarde se moría,
se les vería inclinarse á la luz del velón

diciendo: «Oh, mi señora Doña Presentación!....»
saludando rendidos á aquella abuela mía
que Don Vicente Lopez, pintó en este sillón.

FERNANDO FORTÚN.

Madrid.

TARDE DE SOL Y DE FATIGA

Tarde de sol y de fatiga, tarde
de cielo anubarrado presagiando tormenta;
hay una honda tristeza, una angustia cruenta;
la tierra bajo el sol se diría que arde
en recia calentura. Una gris polvareda
envuelve el pueblo en niebla que enturbia la mirada.

En el espacio tiembla la dura campanada
que toca á muerto, y se repite, y queda
en el eco. Un perro hambriento cruza
las calles solitarias sin murmullos de voces.
Yo anoche oí entre sueños cantar á la lechuza,
dice alguien. Y con un dolor de incertidumbre
los segadores han dejado las hoces....
Rasgando el horizonte hay un temblor de lumbre.

ELOGIO DE LA VIDA MENDIGA

Vagar, vagar, vagar; un solo anhelo
de libertad. Vivir es no pensar.
Mirando abajo—lo blanco del suelo,
arriba, el cielo. Vagar, vagar, vagar.
En el invierno es terrible el hielo
y se añora el rescoldo de un hogar;
el sol en el verano es un consuelo,
viviendo así no hay pena de vagar.
El amor que se ofrece en el camino
es amor, de la noche á la mañana,
es como un trago de oloroso vino
para aplacar la sed.... ¡Oh rubia amiga!
¡Oh el tumbarse á dormir en la vesana!
La mejor vida es la vida mendiga.

LEONARDO SHÉRIF

Madrid.

HOYOS, NOVELISTA ESPAÑOL

I

Apenas apaciguados los últimos ecos de la escandalera que provocase en Madrid la publicación de *Cuestión de ambiente,* su autor, don Antonio de Hoyos y Vinent, desafía nuevamente á la crítica y á la maledicencia con otra novela de costumbres titulada *A flor de piel.*

El caso es que este joven y talentoso escritor, hijo del distinguido diplomático español, marqués de Hoyos y hermano del actual marqués, pertenece á la grandeza de España y lleva una activísima vida social. Está vinculado á la más alta aristocracia y posee uno de los salones más selectos de Madrid. Habla pues con pleno conocimiento de causa cuando describe el gran mundo madrileño. De ahí que su descripción, viniendo de « uno de la casa », haya impresionado tanto á la nobleza que se veía retratada y satirizada en su primer novela.

La última, *A flor de piel,* es todavía una descripción mucho más expresiva y gráfica que la primera. Preséntanse las costumbres é ideas de ciertos círculos aristocráticos con mayor viveza y colorido. ¡Y por cierto que el cuadro no resulta ahora más edificante!...

Aunque eminentes maestros como la señora Pardo Bazán y don Juan Valera se ocuparan del primer libro de Hoyos, el escritor no había sido aún tomado en serio. Se veía ó creía ver siempre en él al hombre de mundo, *diletantte* de las letras, cuyas obras, si bien agradables y de fácil lectura, no represen-

taban el esfuerzo del profesional y carecían de gran valor literario.

Ya no se puede considerar así al joven aristócrata. Sus últimas obras, especialmente la novela de que nos ocupamos, lo colocan en la categoría de los grandes novelistas españoles de nuestros tiempos. Sabe presentar tipos reales, concibe interesantes tramas novelescas, posee un estilo vivo, rico y vario. Es todo un escritor.

Después del padre Coloma, nadie nos ha presentado con tanto realismo y verdad la alta sociedad española, como Hoyos en su novela *A flor de piel.* Leyendo este libro uno se siente maravillosamente transportado á los lujosos salones de la capital española. Uno oye hablar y ve pensar á la gente del gran mundo. Está así perfectamente justificada la frase de Stendhal que sirve de acápite al libro: « Una novela es un espejo que paseamos á lo largo del camino ».

Como en *Pequeñeces,* en la novela de Hoyos sorprende la falta de disimulo entre los copetudos personajes, la ausencia de toda hipocresía convencional, ó, si queréis, la exhibición cruda y cínica de los vicios y lacras morales. Decididamente, el español no es hipócrita. Sea como fuere, diríase que se complace en presentarse tal cual es. La maledicencia y el chisme, el chascarrillo y la chirigota reinan soberanamente en la sociedad de la corte. Todos se soplan y se cantan unos á otros, en tono de broma y en forma de farsa, las verdades más amargas y los insultos más hirientes.

La sociedad española que nos pinta Hoyos no es, creo, ni más ni menos depravada que la de cualquier otra corte contemporánea. Hasta talvez sea más ingenua en sus vicios. Pero es más cínica. Y este es el rasgo capital, no del autor precisamente, sino de sus personajes, todos maledicentes, todos francos en sus arrebatos y crudos en sus expresiones. Diríase que viven en el amoralismo que estalla en Francia durante el siglo XVIII, como una violenta reacción contra el rigor excesivo de la antigua moral religiosa de los siglos medios. Diríase que los españoles que nos presenta Hoyos hacen con su cinismo una especie de teología al revés.

II

Toda el desarrollo de la novela gira alrededor de la intriga de amor de una gran dama, la condesa de Monreal y un artista bohemio y fracasado, Willy Martínez. Junto á estos personajes se mueven otros varios, especialmente los amigos de Lina, la condesa. No falta, naturalmente, alguna chula procaz y algún admirado torero.

Los tipos de mujeres — Lina, María, la Pancorbo, la princesa Wladimirosky, Lucerito Soler, — son todos realísimos. Se trata de verdaderas españolas, ya de la alta aristocracia, ya del bajo pueblo. Tienen el relieve de la verdad. En cambio, los personajes masculinos resultan esfumados y difusos. Sobre todo el héroe, Willy Martínez, que vive abyectamente de lo que le da su distinguida amante, la insulta y la befa con cobardía feroz, y no carece sin embargo de dignidad y de una elevada inteligencia artística. No es un canalla, ni deja de serlo. Es un abúlico y acaba triunfando. Se está muriendo de tuberculosis y de pronto reacciona, vive y obra. El lector no se explica los cambios de ese tipo de camaleón humano. El fondo de su carácter que pudiera explicarlos queda obscuro y enigmático, á punto de que apena que una hembra tan de carne y hueso como Lina se aparee á un hombre que más que tal es una sombra que el autor hace pasar caprichosamente por las páginas de su libro. El marido de esa pobre condesa es tan incomprensible casi como el amante. Solo Julito, un personajillo secundario, resulta verdadero entre los señores y los chulos que se mueven en la novela, como las marionetas de un Guignol.

III

En cuanto al estilo, pueden sin duda hacérsele dos serias observaciones. Es demasiado desigual, y, en ciertos momentos, un tanto despreocupado, vacilante, lacio.

El mismo autor reconoce en su prólogo su falta de unidad.

« El estilo de una novela no puede ser uniforme, nos dice; ha de variar en cada período, en cada párrafo, en cada frase, puesto que varían los estados de alma y las sensaciones que ha de reflejar. Y así como en pintura no podría usarse el mismo colorido para una marquesa versallesca á lo Watteau que para un asceta de Dominico Theotocópuli, así en literatura no puede usarse el mismo estilo para escribir una trajedia de dolor que una escena de mundano devaneo ».

No estoy del todo de acuerdo con esta teoría literaria del señor de Hoyos. Pienso que cada obra de arte debe llevar en todas sus partes bien impresa la personalidad del autor. Sólo cuando el autor hace hablar á sus personajes me parece francamente autorizado á variar y disfrazar su estilo. Cuando él habla por sí mismo paréceme que debe usar su estilo propio.

Todo grande escritor tiene una manera personal de estilo que no varía á cada página, y que igualmente le sirve para describir « una escena de mundano devaneo que una escena de dolor ».

El mismo Hoyos posee un estilo de carácter propio, aunque con esquiveces, alternativas y contrastes. Ese estilo recuerda tal vez, por su variedad, al de Jean Lorrain, que tiene tan felices intuiciones como lamentables ausencias . . .

Yo creo que el estilo de Hoyos no es aún definitivo. Ha de uniformarse y simplificarse en sus nuevas producciones. Su indisciplinada policromía acabará por regularizar sus líneas fundiendo acaso y esfumando ciertos tintes demasiado llamativos, ciertos clarobscuros demasiado violentos, á veces goyescos, á veces caricaturales.

El talento de este joven escritor se halla en pleno desenvolvimiento, casi diría en plena efervescencia. Parece una fuerza potente encerrada en estrechísima vasija y que pugna por romperla, estallar y difundirse.

Hay en su libro agudísimas notas, páginas realistas, encantadores aciertos, y también parrafadas inacabables, giros inelegantes, frases incorrectas. Codéanse un aristocratico casticismo y un cosmopolitismo exagerado. Se chocan sutiles

delicadezas de artista decadente y expresiones burdas y triviales...

No podría sin embargo. ni el mas taimado crítico, acusar á Hoyos de falta de temperamento artístico. Lo tiene, y de sobra, diríase que para derrochar á diestra y siniestra. Revélase en las paginas de su obra algo más que un retórico: un luchador robusto y decidido. Pero este luchador no ha elegido todavía su arma: usa indistintamente y según los momentos, ya el fino florete francés, ya la pesada espada italiana, ya la maza, ó el revólver ¡y hasta la lanza de Don Quijote!

Las letras castellanas tienen todavía mucho que esperar de ese escritor. Su complejo espíritu en que se revuelven y amalgaman el hidalgo y el snob, el nervioso aristócrata y el sanguíneo arrivista, el hombre de mundo y el hombre de letras, el pensador y el esteta, es un producto típico de nuestra época. Hoyos es un hombre moderno, esencialmente moderno. Se ve que ha nacido y vive en los tiempos del telégrafo sin hilos y del automovil. No es un escritor naturalista lleno de fuerza y salud á la manera de la señora Pardo Bazán, ni un arcáico caballero á la moderna como Valle Inclán, ni un resucitado del Renacimiento al modo de Valera, ni un alma rancia y grandiosamente castiza á lo Pereda y Pérez Galdós.... Es algo distinto de todo eso, que casi raya en la literatura mórbida de nuestros días, y que resulta un tanto nuevo y casi exótico en España.... Es, en una palabra, con sus condiciones y sus defectos, quizás más por sus defectos que por sus condiciones, un hijo genuino del siglo XX.

CARLOS OCTAVIO BUNGE.

CUANDO LA MUJER ESCRIBE

Hace algunos días, un querido y docto amigo mío, escritor reputado, habiendo hallado en uno de los diarios más difundidos un artículo firmado con el nombre de una nueva colaboradora hasta entonces desconocida, tuvo una expresión tragicómica de impaciencia y de indignación, y exclamó:

—¡Otra más! Pero esto es un contagio, una epidemia! una grafomanía en el período agudo! una forma de locura colectiva!...

Hechas las concesiones debidas á las exageraciones de mi buen amigo, es, sin embargo, necesario reconocer que el número siempre creciente de mujeres, no diré literatas, pero que consagran á la literatura sus ocios, ó toda su intelectualidad, puede, en verdad, impresionar, y no en un sentido favorable para el mismo fenómeno.

La añeja sentencia que manda á la mujer á hacer calceta, ha hecho ciertamente su tiempo, y ya todos admiten la participación femenina en las profesiones antes reservadas exclusivamente para el hombre. La necesidad de ser un agente productivo en la economía doméstica, abrió á las mujeres las puertas de las oficinas y de las universidades, las instaló ante las máquinas de escribir y los inmensos registros de protocolo, puso en sus manos el compás del arquitecto y el bisturí del médico. Naturalmente la multitud de las valerosas no se amedrentó tampoco ante la pluma y las carillas blancas del escritor; antes bien, numerosas manos femeninas corrieron veloces sobre las páginas cándidas.

Talvez, demasiado veloces. Talvez, demasiadas páginas, ay!, no ya cándidas, sino cuajadas de líneas, palabras é ideas, razonamientos y fantasías, una abundancia, una superabundancia de producción, que adquirió bien pronto proporciones alarmantes.

Además, siendo la profesión literaria una de las menos retribuidas, cuyo ejercicio da raramente la riqueza, y muchas veces con dificultad el pan cuotidiano, es también la forma de actividad escogida por muchas señoras y señoritas que, no hostigadas por las necesidades de la vida, escriben sólo á fin de ocuparse en algo, conciliando el deber universal del trabajo con un pequeño sueño de ingenua ambición. Así vemos las redacciones de los diarios y los despachos de los editores invadidos por una muchedumbre de gentiles postulantes, con el pequeño envoltorio de su manuscrito, ceñido por un lazo de seda pálida, temblorosas entre la esperanza de una aceptación y el temor del *no* fatal; que ofrecen toda su actividad intelectual por « amor al arte », ó por « el bien de los niños », ó por « el triunfo de la gran causa femenina », ó por cualquier otro fin más ó menos serio, detrás del cual á menudo se esconde la grande, inmensa esperanza de ver por fin el propio nombre impreso en las columnas de cualquier periódico cuotidiano, semanal ó mensual.

Y he aquí porqué, también en los centros menos poblados é intelectuales, en provincia ó en los pueblecitos perdidos y lejanos, no falta el periodiquín ó la hoja literaria en que la mujer del médico bosteza en cuatro estrofas su melancolía sentimental é incomprendida, la maestra del pueblo escribe para los chicos unos cuentecillos aun más inocentes que los pequeños lectores, y una respetable madre de familia, ex-institutriz, da la receta para quitar las manchas de grasa en los trajes ó para cocinar el plato del día.

A veces, también, se logra conciliar lo útil con lo agradable: el periodiquín que vive de tijeras ó de colaboraciones de diletantes, produce una pequeña renta á la directora, acaso más abundante y de todos modos menos penosa que la que obtendría á fuerza de aguja ó por cualquier otro expediente.

Pero estas pequeñas trabajadoras del pensamiento forman la población menuda, la muchedumbre; á su frente y por encima de ellas marcha la vanguardia de las mujeres activas é intelectuales que trabajan valerosamente por un ideal y por el pan de cada día, que representan una idea y son cabeza y sostén de una familia, que rodean de notoriedad su nombre

y de bienestar á los propios ó ajenos hijos, que piensan, trabajan, luchan y llegan.

A estas mujeres de vanguardia, puñado escogido y simpático, también la mayoría de los hombres perdona el atrevimiento. El éxito absuelve. Ellen Key, la Buckner, Mme. Severine, Matilde Serao, ya sólo obtienen aplausos. La crítica se vuelve al contrario severa y despiadada con las menores, subraya sus lados ridículos, pone en broma los piadosos, revela y burla las ambiciones ocultas, ó bien es pródiga de una indulgente compasión que glosa con la obligada cortesía hacia la debilidad y la inferioridad. En estos casos es preferible la censura, y la más cruel.

Cuando una mujer comienza á escribir, despierta en el público, como primer sentimiento, el de la desconfianza. Presentadle á alguien un mozo, diciendo: « Es un joven escritor », y noventa y nueve veces sobre cien el otro tendrá una expresión ó una frase de simpatía, ó, por lo menos, de benévola curiosidad. Decid de una mujer: « Es una escritora », y en el acto, si su nombre no es ya muy conocido favorablemente, veréis una leve mueca de desconfianza ó de contrariedad reprimida. Parece que el viejo adagio: « Guárdate de la mujer que sabe de latines! », tiene personas afectas asaz rigoristas que lo aplican con exceso aún á quien no ha declinado tampoco una vez el *rosa, rosæ*, y tiene sobre la conciencia en cosas de literatura, solamente algunos pecadillos veniales, como cortas poesías, cuentitos ó breves artículos de cualquier índole, en la vulgar lengua patria.

Esta crítica rigorista hiere, pues, toda aquella turba de humildes escritoras, cuyo objeto principal parece ser el de formar una literatura aparte, algo así como una literatura á uso de las mujeres, y gasta todas sus fuerzas tratando de hacerla muy gentil, muy dulce, una literatura de deshecho, á base de flores y de suspiros, de crujidos de sedas y de sonrisas de niños.

Ahora bien, todo esto es muy peligroso porque degenera fácilmente de la gentileza á la dulzonería, de la simplicidad á la vaciedad. Por lo cual, exceptuando unas pocas mujeres escogidas, los temas frescos y gentiles son mucho mejor

tratados por los hombres, cuya robustez de pensamiento y de concepción da nervio á las ideas más humildes y delicadas. Es este el motivo que explica porqué entre tantas mujeres que componen versos, son bastante raras las poetisas verdaderas, dejándose la mayoría de ellas desmayar en una armonía hueca de frases rimadas.

Mucho mejor resultan las mujeres inteligentes, en el estudio de las ciencias exactas, de las lenguas antiguas y modernas y de las ciencias sociales. En efecto, por cada buena literata encontramos muchas óptimas profesoras ó profesionales distinguidas, y también sabias entregadas á estudios severos y profundos.

Eminentemente positivo, el carácter de una mujer inteligente se revela en el razonamiento sereno, en la vísión segura de una cuestión, en la rectitud de juicio, en la rapidez del proceso analítico y en la ingeniosidad de la síntesis. Frente á una sola novela discreta debida á una pluma femenina, tenemos una cantidad respetable de memorias, tésis, ensayos críticos, que dan muestras de la seriedad de estudios difíciles. Espíritu de observación, diligencia, dotes críticas, y, al contrario, fantasía escasa, pasionalidad dudosa, deficiencia creadora, he aquí, más ó menos, las cualidades y defectos de la mayoría de las escritoras, aun de las buenas.

Con todo, muchas mujeres escriben y muchas más escribirán, porque la carrera literaria, tan difícil para quien la recorre seriamente y con la mirada y la aspiración muy en alto, es pródiga de fáciles satisfacciones á las ambiciones modestas, á los pequeños orgullos y á las vanidades gentiles. Por esto, la tinta continuará manchando los dedos róseos de las mujeres y las prensas seguirán gimiendo bajo el peso de frases dulces, tan dulces!

Para las mejores el camino está sembrado de espinas. Por consiguiente se puede juzgar á una mujer que escribe, preguntándole si se prepara á una cosecha de flores ó á una ruda batalla.

IDA BAROFFIO BERTOLOTTI.

EL REGRESO

A Atilio M. Chiapponi.

¡Cómo esclarece la mañana el vasto
Prodigio de las tierras familiares!
¡Cuánta dulzura mística difunde
La luz en las tranquilas praderas y en los montes
Azules y en los nítidos cielos y en los claros
Límites del sereno panorama!

Una apacible devoción esplende
Sobre la gran tristeza de los años distantes
La suave Primavera
Que en estos días floreció gloriosa-
mente en el mar, montañas y llanuras.

Oprime con inmensa caricia
El maternal abrazo del retorno;
El maternal abrazo de esta vida presente
Y luminosa; el maternal abrazo
Que hace sollozar largos olvidos,
Que evoca los recuerdos de las horas de luz,
De libertad, de amor, de religiosa
Simpleza, cuando éramos
Todo bondad en los juegos sencillos,
Teníamos ideas puras como las hostias,
Y nuestros ojos eran muy claros y muy suaves,

Del libro en preparación: «Poemas del campo y de la montaña».

Y era nuestra alma como una pobre ciega,
Y teníamos miedo de la noche,
Y sin malicia amábamos al Señor y á la Virgen!...

La orgullosa presencia de este dia
Como la historia nuestra nos encanta:
El sol que asoma con el mismo
Explendor de tragedia entre una enorme
Conflagración de incendios;
Las unánimes dianas que saludan
Su real advenimiento; las ofrendas
De las rústicas gentes, en los cantos
Matinales, gloriosos de esperanzas;
El vaho de las húmedas tierras, temblorosas
En el robusto espasmo de las fecundidades;
Los potros que desatan sus empujes
En deserción indómita, poblando
De alborotos oceánicos la tranquila represa,
O de épicos galopes
La cristiana quietud de las llanuras;
Los toros que concentran paternales caricias
Y husmean con voraces intentos
La castidad ficticia de las vacas;
De las vacas,
que llegan
lentamente
una a una,
por el largo
camino...

Se abren los campos á la luz del día
Como un escenario gigantesco
Donde hubiera de darse un episodio
Culminante del Génesis.

Han herido tan hondo los arados
Que la tierra en dolientes abandonos
Ofrece al sol el holocausto

De los abiertos surcos;
De los surcos sedientos que interrogan
Con suplicante devoción los cielos,
O en el martirio de la sed, se alargan
Como buscando el cauce de un torrente...

Y más allá, las siembras que han rendido
Y auguran con reflejos de madurez, la hora
Oportuna de las grandes colectas.

Y más allá,
Emparedando el linde del Poniente,
Severa en su actitud de predominio
La montaña.
Enflora el sol la nieve de sus cimas
En un sereno éxtasis de lumbre;
Desde la altura un invisible efluvio
De paraiso celestial proviene;
Docilizan los vientos sus banderas indómitas,
Y junto á la montaña,
Las rudas tempestades,
Son las brisas sutiles que conmueven
Con delicada cortesía
El lírico follaje de las frondas.
En su espalda con golpes de certeza pujante
Voltea el leñador toda una selva;
Como el sudor de colosal fatiga
En largos cauces ruedan los torrentes;
Cruje en el hondo abrazo de su entraña
El oro;
Y hay como un ruego
Sencillo y dulce
En la paz de esa mole,
En la paz de los siglos
Que se arrodillan contemplando el cielo
Desde esa mole azul,
Enorme, maternal y gigantesca,
Como un gran pensamiento impávido ante Dios,

Tal como el lábaro
De la primer vanguardia victoriosa
En la conquista de la luz
Universal!
Mirador celestial desde la cumbre
Se contempla la vida circunstante
Reasumida en los lindes de aquellos horizontes
Tal como en una clara pupila luminosa.
Asaltan con empuje de siglos las visiones
De las edades muertas: desde la misma cúspide
Que fué la torre del vigía indiano
Se mira como una gran derrota de pueblos...
Allá el derrumbamiento de las tribus
Arrojadas en doliente vorágine;
Más allá los fortines que la patria
Jaloneó como sombras de peligro
Después de las Hazañas de los sables;
Y más allá... como una selva
Que cien inviernos martirizaron
Erigen sus desnudos perfiles
Las quinientas mil lanzas
Que atestiguan quinientos mil sepulcros
—Tumbas de los caidos
Para alfombrar la senda de la Luz!...
Frente á frente del tiempo
Hierve mi antigua sangre americana;
Mi incásica nobleza resucita
Ansias de imperios únicos;
Erígese mi orgullo
Sobre la torre del vigía indiano,
Lanza alaridos de leon mi instinto,
Y en la sed infinita de imposibles,
En el dolor de todos los recuerdos,
En la impetuosa evocación de todas
Las cosas extinguidas,
Canto los funerales de mis razas
Y embandero de sol todas mis cumbres!

Mirad el huerto:
Los familiares olivos muestran
La paz gloriosa de sus follajes.
Como una plegaria pasa el agua
Que conduce al alma de la montaña,
Y habla
Con las ramas largas de los sauces
Palabras muy vagas.
Pasa el agua clara. . .
Las viñas!
Hay un frescor de templo
Bajo las viñas.
Los brotes que prolongan
Una verdad de madurez profícua
Insinúan deseos de verano. . .
Cuando las parras den sus racimos,
Las uvas negras, las blancas uvas,
Penderán como senos de exuberancia indígena
Sanos en su desnuda indiferencia,
Incitando las gulas de los chicos locales,
Y el asombro trivial de las niñas urbanas.
Y el doméstico vino
Refrescará los múltiples cansancios
En los convites oportunos.
El naranjal ampara
Entre el verdor obscuro de sus hojas
Dorados universos,
Despertando el recuerdo del sabroso mordisco
Y el hilo de dulzura que se escapa
Con pródiga abundancia de los labios. . .
Los granados se enfloran de púrpura.
Asoman delatoras gemas en las ramas
Del abundante duraznal.
La torva asimetría de las higueras madres
Que preparan orientales festines
A los pájaros, y con sus ramas cómplices,
La sutil delincuencia del rapaz colindante. . .
. . . . . .

El aire matinal
Colabora con soplos de sedativa excelsitud.
Y mi vida se une por un secreto génesis
A la verdad robusta de esta vida.
La alquería se afana en sus labores
De saludable porvenir. Encanta
Como una orquesta
Que narrara motivos familiares,
La cancion colectiva de los campos.
Y mientras una idea
Sutiliza remotas concepciones
Y un pequeño dolor taladra aquellas
Devociones virtuosas del presente,
Las manos fraternales
Dispersan las dolientes perspectivas,
Con la valiosa ofrenda
De una copa de leche, espumosa y excelsa
Y de un ramo de flores tan hermosas,
Que aun las llevo en mi alma, hermana mia!

1907. MARIO BRAVO.

EL DIARIO DE LUCY OCAMPO

Á EDUARDO BUNGE.

Serían las siete de la mañana cuando el *landaulet* de Ocampo se detuvo frente al hotel de la Avenida Alvear. La familia regresaba de la temporada balnearia de Mar del Plata. Por la portezuela que el portero se adelantó á abrir, descendieron los señores y los niños, alegres con la novedad del llegar. Lucy bajó la última. Un dejo de tristeza velaba la expresión delicadísima de aquella niña de veinte años, más encantadora aún, en el abandono de su atavío matinal.

Al bajar, después de estrechar á la vieja aya que le tendía los brazos, subió lentamente la espléndida escalera del *hall,* cruzó un pequeño corredor y abriendo una puerta penetró en su cuarto. Todo estaba cual lo había dejado al partir, una noche de Enero: los cortinados envueltos; arrollada la rica carpeta de Esmirna en un extremo del encerado *parquet;* enfundados los muebles; cubiertos de gasas rosadas los suspensores eléctricos; los vasos sin flores. . . Lucy abrió las ventanas que daban sobre el jardín y fué recorriendo amorosamente todos los objetos que adornaban la estancia. Abrió el guardarropa y los roperos vacíos, se miró al espejo, movió la cama y luego, del cajón de un riquísimo *secretaire* de palisandro, sacó un manojo de flores, de pétalos entumecidos y extraños. Debajo había un pequeño libro finamente encuadernado. Lo tomó y con trémula mano abrió las últimas páginas escritas. Era su pequeño confidente, el diario de su vida. Lucy leyó sus

páginas y á medida que leía, embargada por intensa emoción fué demudándose. Ellas decían así:

«*Lunes 11 de Noviembre.*—En este momento acaba de retirarse Beba Frers. Vino esta tarde y se quedó á comer. Hemos tenido mucha gente porque es día de recibo y el santo de mamá. Eduardo Guerrero, mi asiduo festejante, estuvo también... ¡Pobre Guerrero! esta noche mis nervios excitados no lo han podido soportar. A las diez me retiré del salón con el pretexto de una lijera enfermedad y me vine con Beba á mi cuarto. María debe estar enfurecida. Beba ha estado conmigo casi dos horas. Teníamos que hablar tanto!

La noche está espléndida. Por el vano de la ventana entreabierta llegan hasta mí los efluvios perfumados del jardín. Hay algo de piadoso y de místico en este aire embalsamado de aromas de primavera, de retoños nuevos, y corolas frescas. En el vecino reloj de la Recoleta dan las doce... Las campanadas se suceden lentas, y en el continuado desgranarse de los tañidos en el viento, paréceme que la noche hubiera condensado sus palpitaciones misteriosas. El andar de un carruaje interrumpe el silencio. Me inclino... Es Beba que parte. En la calzada brillan los faroles de los coches estacionados; muchos quedan aún. Al fondo, en el cementerio, detrás de las frondas de los árboles ennegrecidas, las blancas cruces que coronan las tumbas, parecen almas de penitentes acurrucadas en hileras dispersas. Bañada por la luz de la luna se destaca, con contornos extraños, la imagen del Salvador que corona el templo, y al lado del pastor y de la grey inmóvil, el campanario, en la obscuridad, me hace pensar en un conjuro de aquellos seres, petrificado bajo el azul profundo en el que tiemblan las estrellas y brilla la luna pálida.

La cabeza me da vuelta y siento en los párpados una aridez febril: es la imagen de ese joven casi desconocido que me persigue, es su cara pálida, son sus ojos verdes, incomparablemente verdes. Se llama Alberto Lasala. Lo veo todas las mañanas por Florida cuando salimos á las once con Beba á caminar. El viene con Charles, el hermano de Beba. Regresan de la Facultad. Me llamaron la atención sus ojos.

—Mira—le dije hace unos días á Beba,—mira que hermosos son. ¿No sabes su nombre?

—Es Lasala—me dijo,—es de una familia muy vieja, pero no tienen fortuna. La madre es amiga de mamá. ¡Si vieras que linda es! Enviudó hace poco y tiene dos chiquitas riquísimas. El es muy amigo de Charles y tiene su misma edad, diez y nueve años.

—Cuando pasa—le respondí,—yo no hago otra cosa que mirarle los ojos. ¡Qué hermoso contraste forma ese iris tan verde con las pestañas negras, la palidez de su semblante y el cabello obscuro caído sobre la frente!

—¡Qué daría por tener sus ojos!—añadió Beba;—sería preciosa, aunque en realidad ninguna de las dos podemos quejarnos de nuestros ojos negros.

—Sin embargo, los cambiaría—le respondí sonriendo.—Estoy encantada de esas pupilas de esmeralda.

***

Pasaba esta mañana por lo de Frers, de vuelta del Socorro, cuando Beba que estaba en el jardín, hizo parar mi automóvil y me llamó.

—Bájate—gritaba corriendo á la vereda,—bájate que tengo que contarte una gran novedad. Sabes, Alberto Lasala está enamorado de tí. Me lo ha dicho Charles. Dice que ya había notado que cuando pasábamos se le mudaba el rostro y que ayer al verte que salías de lo de Fabre con tu mamá, le dijo: «ahí viene Lucy Ocampo; mira que encantadora», y me contó Charles que el chico García, que venía con ellos, le dijo embromándole: «Che, Lasala, te apuntas muy alto. ¡Cuidado! Voy á decirle á la señora que pretendes desbancar á Guerrero». Y como se lo dijo casi en momentos en que tú pasabas, se turbó de tal modo, que se le encendió completameate el semblante.

Yo, que lo había notado, callaba encantada. Beba proseguía:—¿Y por qué no le haces caso, Lucy? A esa edad es cuando los hombres saben amar. Es natural que con un muchacho tan joven no te vas á comprometer, pero siempre es una variación y una diversión deliciosa. ¿Tú crees que Gue-

rrero se puede inquietar? Como quieres que vaya á temer á un rival de diez y nueve años. Además, hijita, piensa que estamos en una época en que no hay diversiones: todo se compone de Palermo á la mañana, Palermo á la tarde y Palermo á la noche. Yo también tengo mi candidato: ¿sabes quién? Diego Arana, tú le conoces, ¿no es verdad? Es muy simpático y por la manera como me mira creo que el muchacho está enamorado de mí.

—¿Sabes, la interrumpí, que lo he visto á Diego en misa de once? Estaba en el Socorro.

—Pues el domingo, Lasala va á la de una. Ayer recuerdo que nos saludó cuando salíamos con Carmenza.

La señora de Frers desde el carruaje gritaba impaciente:

—Beba, son las once y cuarto y me vas á hacer perder la misa. Lucy, ¿quieres venir con nosotras á San Ignacio?

—Sí, ven... decíame Beba caminando hacia el coche.

—Gracias, Anatilde—le respondí,—pero no puedo. Hoy es el santo de mamá y además tengo que almorzar temprano.

—¿Vas á alguna parte? preguntó Beba.

—Sí, á misa de una,—le respondí sonriendo.

Beba prorrumpió en un ¡ah! para mí desconcertador y luego en una alegre carcajada.

—¿Qué es eso, niñas? preguntó Anatilde azorada.

—Nada, mamá; es que Lucy está muy devota. Figúrate que oye dos misas! — Y mientras me besaba, añadió muy quedo:

—Veo que sigues mi consejo. Hasta luego!

. . . . . .

Debía ser tarde cuando llegué al Socorro, pues al detenerse el automóvil, llegaron á mí los ecos mitigados de las campanillas que entonaban el sanctus. Por el atrio asoleado y desierto avanzaba una sombra... No necesité volverme para saber que era él. Llegamos casi juntos á la puerta y él se detuvo, para dejarme pasar. Entonces yo alcé la vista y dejé caer en él una de esas miradas que sólo saben lanzar mis ojos ardientes y lánguidos, y en aquel batir de párpados sorprendí una voluptuosidad angustiosa en sus pupilas inmensas, ví crisparse sus labios exangues y palidecer más aún su rostro... Yo entré al templo radiante, con ansias infinitas de rezar..,

y rezé y debí rezar mucho, porque cuando los murmullos de los pequeños que venían á la doctrina interrumpieron mis ruegos, el templo estaba casi desierto. Cerca de la puerta me encontré con Carmenza, encantadora en su traje blanco. Debía tener algo extraño en mi fisonomía, porque Carmenza, mirándome, me dijo: « Te noto, Lucy, algo raro, aunque hoy estás deliciosa». Salimos juntas. Alberto saludó. Ese saludo á Carmenza, me produjo una angustia infinita. Recordé las palabras de Beba. El no estaba allí por mí, era por ella! Beba me ha asegurado esta noche que el doble encuentro con Carmenza es una casualidad y que no la festeja... ¿Será cierto?

Mañana empiezan los ejercicios en el Sagrado Corazón.

Sábado 14 de Diciembre, 3 de la tarde — Estoy desolada. El tiempo no puede seguir peor. Después de azotarnos varios días, la lluvia maligna ha cesado hoy, pero en cambio un viento asolador sacude con violencia las copas de los árboles. Beba me acaba de hablar por teléfono, diciéndome que la comisión de Damas de Misericordia no ha resuelto aún si suspenderá el *diner-concert* que ha de celebrarse esta noche en el Pabellón de los Lagos, pues esperarán á ver si el tiempo se compone á las cuatro. ¡Cuantas esperanzas ciframos Beba y yo en esta fiesta! Los conoceremos por fin! Nosotras estamos invitadas por Susana Torres, que da una gran comida de ochenta cubiertos. Charles ha reservado una mesa muy cerca de la de Castex y ha invitado á Diego y á Alberto. Nos los presentará cuando bajemos al jardín. Beba está encantada con Diego, pero estoy segura que á ambos la aventura no les hace mal. Beba es deliciosa, pero incapaz de amar; de Diego casi afirmaría otro tanto; en cambio el pobre Alberto... A veces me arrepiento de esta locura que puede ser cruel. Beba, sin embargo, me quita todos los escrúpulos. « No seas tonta, — me repite á menudo — ¿tú tienes la culpa de que el muchacho te quiera? y para él mismo que más puede pretender? »

A la hora del almuerzo habló Susana con mamá para comunicarle que había invitado á Guerrero. Mamá quedó en-

cantada. « Ya ves — me dijo, — como todo el mundo da como un hecho tu compromiso. Cuida bien como te portas y reflexiona que es locura que desdeñes á ese mozo que reune todo lo que tú puedes desear. Figura, posición, dinero... » ¿Y el amor? Mamá no se preocupa si existe amor, no lo cuenta. Yo en cambio, que casi ya me había ido acostumbrando á este compromiso que veía venir, desde aquella tarde en que me encontré con Alberto en el Socorro, trato de evitar una declaración de Guerrero, porque no podría ni sabría mentir. Y, sin embargo, me doy cuenta de que con Lasala no me voy á casar. Oigo de nuevo la campanilla del teléfono. Debe ser Beba... Era ella, en efecto. Me hablaba muy contenta para decirme que el cochero que siempre acierta sobre el tiempo, le ha asegurado que á la tarde se va á componer. Dios lo quiera, porque si la fiesta se suspende no podré conocerle, pues nos vamos pasado mañana á la estancia, hasta Enero, en que nos iremos al Bristol. Beba me dice también, que acaba de probarse su traje y que le queda espléndido. No ha querido decirme como es. El mío es elegantísimo: de espumilla blanca, con manojos de flores estampadas, de colores muy ténues, verdes y blues, adornado con bieses de terciopelo combinados, de los mismos colores, y en la bata un soberbio cuello de Irlanda. Mi sombrero también es traído, es modelo de Caroline Rebus, es gris, de paja con dos grandes amazonas, una topo y otra blue, y debajo, en el ala, tiene una coronita de rosas. Ayer, cuando vino Beba, me lo probé con el vestido: me quedaba elegantísimo. « A la verdad — repetía Beba, — no hay modista que tenga el gusto de esa mujer. Verás el mío.

Diciembre 15, 3 de la mañana. — ¡Ah, señor, que noche incomparable! Me acabo de levantar al oir dar las tres. No puedo dormir. En vano pesa el sueño sobre mis párpados: mis ojos no se pueden cerrar; quieren ver más, quieren ver más, aunque inutilmente se fatigan de mirar en la sombra!

La tarde se compuso y la noche no pudo ser mejor. A las ocho vino Beba con Charles á buscarme. Estaba preciosa,

con un traje de valencianas blanco, con cintas verdes y el sombrero blanco.

Cuando llegamos, el aspecto de la terraza, con tantas luces, era deslumbrador. Yo me senté casi al extremo de la larga mesa. De un lado tenía á Guerrero, del otro á Luisito Gimenez, enseguida Beba, enfrente á Susanita y á Carmenza. Alberto que estaba en la mesa de Charles, muy cerca mío, al verme se sonrojó, y yo misma debía estar muy rosada porque Carmenza me dijo: — «Lucy, estás hoy como aquella tarde en el Socorro, ¿te acuerdas?» Las tres horas de la comida pasaron muy rápidas para mí, que en esta noche casi había perdido la noción del tiempo, fascinada como estaba por esos ojos glaucos, que, sin mirarlos, los adivinaba fijos sobre mí. A las once bajamos al jardín. Fué junto al cinematógrafo, donde Charles me lo presentó. Alberto me dió la mano casi temblando. «Tiene los ojos trágicos» — me dijo Beba, acercándose y presentándome á Diego, con quien conversaba, como con un viejo amigo. — «¿Qué te parece, Lucy, que diéramos una vuelta en el lago?» — exclamó de repente A todas las muchachas y á Diego les pareció encantador. Alberto no contestó, pero ví en sus pupilas una expresión suplicante. — «No vayan, muchachas, que les puede hacer mal, pues está la noche muy fresca», nos dijo Anatilde. — Y hay mucha humedad — añadió Susana, interrumpiendo la narración de no sé que reminiscencias de una novela de Anatole France. Ante la insistencia de Beba y la intercesión de Luisito Gimenez y de Guerrero, Anatilde accedió y el señor Frers se decidió á acompañarnos.

Subimos á la góndola. Seríamos como quince. Guerrero, á ruegos de Beba, nos hizo de timonel. Ella se sentó al lado de Diego y detrás de ellos Susanita con Charles; yo subí la última y á mi lado, en el único lugar disponible, se sentó Alberto.

¡Qué algazara fué aquella! Todos reían y charlaban, espantando los pobres cisnes que huían asustados. Sólo él guardaba silencio, contemplando la imágen movediza de la luna sobre las aguas. — «Es mi astro, — me dijo de pronto, con la voz animada de vehemencia. — Es la eucaristía santa de las

almas tristes, la vírgen infecunda, el símbolo de los que sienten amor y no abrigan esperanzas....!» Y yo, entonces, alcé los ojos y ví la hostia pálida suspendida en el azul profundo. Debajo el islote del centro me pareció el ara inmensa y en las dos hileras de casuarinas que bordean la orilla creí ver, detenida, una doble teoría de esos peregrinos tristes... El continuaba: — «Es el astro de los desolados, de los que velan en la noche. No es inmutable como el sol: crece como las esperanzas y declina como la vida en los hombres.... Es la primera quimera que forjó el Hacedor antes de forjar el corazón del hombre!»

Le miré. Estaba transfigurado. En sus cuencas hundidas brillábanle los ojos con una lumbre extraña. Estaba muy pálido y sus labios trémulos permanecían entreabiertos en un anhelo infinito. Yo, en tanto, sin apartar de sus ojos los míos y estrujando unas flores silvestres que él me había cortado, repetía muy quedamente como una plegaria: — «Es la eucaristía de los tristes.... de los que aman sin esperanza....»

.....

— ¿Qué tienes, Lucy, estás contrariada? — me dijo Beba al subir al coche. -- ¿Has sufrido una desilusión? Yo en el lago no podía mirarte, porque el sombrero de Susana me lo impedía, pero no oí tu voz. ¡Pobre Lucy! Veo que Alberto no te resulta! Yo en cambio estoy encantada con Diego. Que alegre y simpático es! En fin, Lucy, tú debes decidirte por Guerrero; un candidato serio como ese no se debe despreciar. ¿No has notado como te miraba? estaría celoso? Lo que es Luisito Gimenez, ha estado conmigo de amable!... Créeme que es un festejante que no me disgusta; es buen mozo y tiene mucho dinero. Susanita me dijo que mi sombrero me quedaba muy bien. ¿Viste el de ella? Era elegantísimo; no tenía más adorno que un gran ramo de hortigas y briznas blancas. Mañana voy á preguntarle por teléfono á que casa lo encargó. ¡Pero tú no me atiendes! — exclamó de repente, interrumpiéndose.

Subíamos la barranca de la Recolecta.... Yo debía estar muy pálida porque al pasar el carruaje debajo de un foco de luz, Beba me dijo asustada: — «¿Pero, Lucy, qué tienes? Estás

demudada. — Y luego, tocándome las manos: — ¡si las tienes heladas! Debió hacerte mal el paseo en el lago. Había mucha humedad, hacía mucho fresco.

— No, le respondí, no tengo nada. ¿Sabes lo que tengo? Estoy enamorada.

— De Alberto?

— Sí, de Alberto. Hice mal.... Tú lo sabes: *On ne badine pas....*

Avee l'amour — concluyó Beba, y luego, asombrada, repitió esas palabras para ella ininteligibles: *avee l'amour.*

....

Va amaneciendo. Tiembla en el oriente el rosado vapor del alba y las cosas aclaran sus contornos en la niebla azul. Empieza el día, la hora de los fuertes; por eso en el cielo la mística eucaristía de los tristes se desvanece ...»

Aquí concluía el manuscrito de Lucy. Cuando terminó su lectura, dos gruesas lágrimas se deslizaban angustiosas por sus mejillas pálidas. Se detuvo un instante para enjugarlas y luego, doblando la página, tomó una pluma y escribió con letra apocada y lánguida:

«*Lunes, 30 de Marzo.* — Hemos llegado esta mañana de Mar del Plata. Me he comprometido el sábado pasado. En casa, todos, y sobre todo mamá, están muy contentos....»

Un golpecito en la puerta la interrumpió.

— *Madamoiselle, peut on entrer?*

— *Entrez* — respondió.

Era la *bonne de chambre* que traía un espléndido ramo de flores. — *C'est de votre fiancé,* — añadió la criada, colocándolo sobre la mesa. Lucy, sin mirarlo, tomó el manojo de pétalos entumecidos, y extraños, y junto con el libro, los colocó de nuevo en el cajón de su riquísimo *secretaire* de palisandro. Al levantarse, leyó en una fina tarjeta de pergamino prendida en el lazo del ramo, el nombre de su novio: «Eduardo Guerrero».

GASTÓN FEDERICO TOBAL.

LA DAMA INEFABLE

I

... Hubo en la sabia unión de nuestras bocas
un añejo sabor de golosina
familiar. Y aquellas reyertas locas
tuvieron siempre la misma divina

finalidad: un beso que redime
de lejanos dolores y compendia,
el secreto afán que el rubor reprime
y la frase que el corazón incendia.

No sé cuánto tiempo, gentil señora,
gozamos de la vida así. Mas una
de esas tardes que el sol apenas dora

y en que el reir al suspirar se aduna,
hubo tanta pasión en mi alma, que
extinguióse como una rosa thé.

II

Desde entonces, señora mía, llevo
un perpetuo vivir de remembranzas,
y en noches de luna, como ésta, bebo
en vuestros pardos ojos, esperanzas.

No sé si es vano presumir el mío;
mas en mis instantes de ensueño, creo
que hay en vuestro pecho ducal, un río
de sentimiento que agotar deseo.

Amémonos, señora, sin la vana
fórmula que el gozo de amar destruye;
fundamos nuestras vidas en la humana

languidez de esta noche que diluye
pasión, como esa gota de champaña,
que el cristal de vuestra pupila empaña.

III

Oyó la dama mi galante ruego
que hoy su monótona viudez disipa,
con aquel amable y gentil sosiego
que de antiguos romances participa.

Su blanca mano levemente esquiva
se agitó á mi contacto clandestino,
como una suave flor de sensitiva
abierta á las injurias del camino.

Después en la noche de luna y seda
hubo arrullos y ensueños y ambrosía
bajo el amplio tremor de la arboleda,

mientras la fuente en el jardín reía
esa risa infantil y cristalina
que en los amados labios se adivina.

ARTURO PINTO ESCALIER.

EL AMORALISMO SUBJETIVO

(Conclusión)

Dícese, en primer término, con verdad, á mi manera de ver que una de las causas de la evolución social es el proceso de constante adaptación y desadaptación de los individuos que constituyen la sociedad. Se ha demostrado, además, que en el dinamismo psicológico de las sociedades nada se pierde: las pasiones más detestables son elementos de cardinal importancia en la vida social: hasta el delito la tiene. ¿Qué sería de la civilización sin los siete pecados capitales?

Se agrega, también, que el empirismo biológico sólo nos ha dado una psicología ética; que ha fracasado en su intento de darnos una moral ideal normativa. Apenas si contiene una moral relativa; relativa parque ha comprendido la necesidad de no prescindir de los instintos humanos. Hay algo de verdad en todo esto; pero, no obstante, no es lógico inferir de ahí que el amoralismo tiene fundamentos biológicos, hasta cosmológicos, según quiere Nietzsche.

El hecho de que un individuo al procurar su adaptación dentro de la sociedad comprometa en algo la adaptación completa de otro individuo, ello no prueba, en manera alguna, la amoralidad lejítima de tal conducta.

El criminal, destruyendo ó limitando con su violencia amoral la libertad del pacífico observador de la ley moral, compromete las condiciones de su propia existencia normal, puesto que el poder social limitará la libertad del criminal porque no se adapta al ambiente ético. ¿Porqué no ha de ser más legítima la acometividad amoral del criminal que la

facultad que se arroga la sociedad para eliminarle, puesto que altera las condiciones de la sociabilidad? La simpatía que Nietzsche profesa al criminal es inexplicable, es anticientífica, dado que esa ciencia que él invoca y torpemente interpreta para fundar su tésis, también podemos invocarla para demostrar que el hombre es un animal sociable dominado por el instinto de imitación. Esta ya era una verdad trivial para los mismos griegos que, según hemos visto, invocaban á la naturaleza para fundar la sociedad y, por ende, á la moral.

Spencer, con su habitual claridad penetrante, ha demostrado la importancia cardinal de ciertas fuerzas psicológicas, que, menospreciadas por Kant y los místicos, constituyen, en realidad, el verdadero fundamento de la moral. El mismo Kant no ha conseguido prescindir de aquellas fuerzas. El, que no habla de la afectividad sino con desgaire, no puede evitar la celebración del respeto, como si el respeto no fuera un estado de conciencia en el cual entran elementos sensitivos; verdad es que Kant nos da á entender que el respeto sería el único sentimiento... respetable.

La misma objeción merecen las tarántulas místicas, como las llama Nietzsche, que se desvelan por predicar la eradicación de las pasiones, como si ese mismo desvelo no fuera una genuina manifestación de la sensibilidad! Es que, quieras que no, no podemos librarnos de la sensibilidad puesto que se trata de lo más humano, de lo humano por excelencia. Y, acaso, una de las manifestaciones más elevadas de la espiritualidad, el éxtasis ¿no es la transformación ó término de la pasión? ¿El monoideismo de la pasión no es el preludio del éxtasis? Cristianismo no puede significar muerte de todas las pasiones, sino solamente de aquellas que pudieran determinar actos comprometedores de las condiciones fundamentales de la sociabilidad. Pero las manifestaciones de la afectividad son indestructibles. Ni siquiera las entidades super-naturales dejan de tener arranques pasionales. ¿No se habla, acaso, de la cólera divina? Para el moralista cristiano, si bien se mira, el odio solo es odioso cuando evita la realización del llamado bien objetivo. No olvidemos que la mis-

ma moral de Kant es utilitaria bajo el punto de vista social. Ha sido generada por el sentimiento de la utilidad.

Evidentemente, aún en el individuo que cumple al pie de la letra los mandatos del más exigente dogmatismo moral, se podría, malgrado su perfección moral, demostrar que hay en su adaptación una gota de actividad que redunda en detrimento de alguien, puesto que el bienestar ajeno tanto puede comprometerse sometiéndose extrictamente á las leyes de una moral absoluta como merced al amoralismo. Cualquiera que fuere nuestra manera de obrar, para vivir, moral ó amoralmente, cierto grado del mal del prójimo siempre habrá de necesitar un individuo para adaptarse. ¿Qué diferencia hallaríamos, bajo el mero punto de vista psicológico, entre el odio que el criminal pudiera profesar á un moralista perfeccionista y el que éste siente hacia el criminal? Ninguna: la misma pasión les anima, con la sola diferencia, importante, sin duda, de que en un caso tiene una función social y en el otro ocurre lo contrario.

Todo lo que venimos diciendo nos permite llegar á la convicción de que la afectividad no puede considerarse como la piedra del escándalo de la moral. Esto por lo que se refiere á Kant. En lo que respecta á los amoralistas, ya hemos visto que las manifestaciones de la afectividad humana no siempre son tan malas como se las pinta. Para probarlo, no hay más que ver los desvelos de Nietzsche para hacernos creer que los actos llamados altruistas, cuando no se explican por el egoismo, es necesario considerarles cual manifestaciones de una mórbida voluntad de potencia. Dejando para más tarde la demostración de lo arbitrario y unilateral del criterio de Nietzsche, por el momento sólo cabe asegurar que no puede darse nada más quimérico que el formalismo ético de Kant.

Hemos dicho, repitiendo una opinión corriente, que el biologismo moderno no ha alcanzado á formular una moral social de alto valor normativo. Por lo contrario, muchos prefieren recelar que más provecho supieron sacar de él los cultores del amoralismo.

A este respecto, suele traerse á colación el «Fundamento

de la Moral» de Spencer, deducida de sus «Principios de Biología» y demás obras.

Leyendo el capítulo referente á la moral absoluta y relativa, un temperamento metafísico columbraría en él indicios evidentes de amoralismo. Replicaría, por mi parte, que, si bien Spencer ha explicado la imposibilidad de realizar una moral absoluta, no debe inferirse de ahí un argumento en pro del amoralismo. Spencer encaró la vida con criterio determinista, modalidad constante de su espíritu, y el determinismo tanto puede explicar actos que el criterio tradicional calificaría de morales ó de inmorales, criterio que en el prólogo de su obra no desdeña, puesto que lo fundamental para él está en secularizar las principales normas éticas predominantes. El nunca hizo profesión de fé amoralista. Sólo en virtud de un prurito de suspicacia se nos ocurriría llamarle amoralista solapado. Claro está que no es mi ánimo negar que se le pueda hacer contribuir, mal de su grado, á la concepción amoralista. Antes al contrario, según veremos, la moral de Nietzsche, pues tiene una moral, si bien se mira, es la caricatura de la moral de Spencer. Tal vez por eso Nietzsche, que siempre habla con displicencia de los ingleses, quiere hacernos creer que Spencer era una inteligencia mediocre. ¡Inteligencia mediocre, Spencer! ¿Cabe mayor herejía? Pero, en fin, no hay para qué indignarse: ya sabemos por boca del mismo Nietzsche que «nada es verdad, todo es permitido».

Bien, pues; conviene transcribir algunos párrafos del capítulo mentado. «Es, pues, evidente, dice Spencer, que debemos considerar al hombre ideal, como existiendo en el estado social ideal. Según la hipótesis de la evolución, estos dos términos se suponen mutuamente, y, sin su coexistencia, no puede haber una conducta ideal, cuya fórmula ha de encontrar la moral absoluta, y que la moral relativa deberá tomar como regla para apreciar la distancia á que se está del bien y el grado del mal presente». Y al final de la obra agrega: «Mas aunque las reglas de la moral absoluta no puedan auxiliarnos mucho en la solución de los problemas referentes á la moral relativa, sin embargo, nos serán, como

siempre, de alguna utilidad, presentando á la conciencia una conciliación ideal de las distintas pretensiones que estén en juego, y sugiriendo la necesidad de buscar compromisos tales, que ninguna de esas pretensiones sea desconocida, y todas reciban la satisfacción posible» (9).

Vuelta que dale, Spencer, después de haber escrito un corpulento volumen sobre el fundamento de la moral, cae en brazos de la moral perfeccionista, no sin antes hacerla fracasar á la luz del determinismo científico, fundamentando aparentemente el amoralismo. Debe advertirse, empero, que la inconsecuencia de Spencer no es una convicción, sino una aspiración que se explica en virtud de la ley de la evolución. En realidad, Spencer profesa un utilitarismo racional con tendencia perfeccionista. La utilidad es la idea central de su sistema, y, sin caer en las fantasmagorías de Nietzsche, ha demostrado que el moralista no puede prescindir de los instintos humanos. ¿Prescindió Kant, á pesar de sus protestas formalistas, de lo que hemos llamado lo humano por excelencia? Hay razones para suponer lo contrario. Ya hemos recordado la base afectiva del respeto, por más que Kant lo conciba exento de elemento afectivo. Además, extremando la suspicacia, ¿no sería posible demostrar el pecado original de su formalismo ético? No recuerdo que haya en Kant una justificación evidente de su moral; pero, suponiendo que la haya dado, ¿no fué por ventura, el sentimiento de la utilidad de la moral lo que le llevó á formularla? Si hay verdad en esto, tenemos derecho á calificarle de inmoral, puesto que es impuro el origen de su obra. Claro está que para calificarle de tal, debemos encararle con su propio criterio.

El formalismo ético de Kant constituye un lente de aumento muy adecuado para hacer más relevante la esencial inmoralidad de la naturaleza humana. En primer lugar, según hemos visto, por la radical imposibilidad de eliminar los principios subjetivos de la voluntad; y, en segundo, porque, como veremos considerando su teología moral, Kant no ha po-

---

(9) "Fundamentos de la moral". Spencer.

dido evitar la introducción subrepticia de elementos empíricos en su pretendido formalismo ético.

Kant, al revés de la generalidad de sus antecesores, intentó fundamentar la teología sobre la moral. ¿Qué razones habrá tenido Kant para imaginar tan peregrina teoría? ¿Cómo se explica que Kant, el que acabó con el uso trascendente de la razón, haya concedido tamaño privilegio á la moral? Si la razón es una facultad que sólo puede ser fructífera en el terreno de la inmanencia, es evidente que estamos radicalmente incapacitados para pensar en la inmortalidad del alma, en la existencia de Dios y demás problemas de la Teología especulativa que el mismo Kant aniquiló con su «Crítica de la Razón Pura». Pero si bien es verdad que estos problemas salen de la cognoscibilidad humana, no tenemos derecho de tacharle de inconsecuente: Kant, con su dialéctica estupenda, deja convencido á cualquiera.

El mentado privilegio concedido á la razón pura práctica, se explica en virtud de la teoría del soberano bien.

Entiende Kant por soberano bien la conciliación de la virtud con la felicidad. Esa conciliación sería el ideal supremo de su moral; pero lo grave del caso está en que ese ideal no pasa de ser un ideal bajo el punto de vista terrenal. *La moral de Kant es irrealizable en este mundo:* el soberano bien impone dos condiciones supraterrestres, los llamados postulados de la razón pura práctica: la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. En efecto: «La realización del soberano bien, dice Kant, en el mundo, es el objeto necesario de una *voluntad que puede ser determinada* por la ley moral. Pero en esta voluntad, la conformidad completa de las intenciones con la ley moral es la condición suprema del soberano bien. Ella debe ser, pues, posible tanto como su objeto, pues ella está contenida en la orden misma de realizar este último. De modo que la conformidad perfecta de la voluntad con la ley moral es la *santidad, perfección de que no es capaz,* en momento alguno de su existencia, ningún ser razonable del *mundo sensible.* Como, no obstante, ella no es menos exigida como prácticamente necesaria, solamente puede ser hallada en un progreso infinito hacia esta conformi-

dad perfecta, y, según los principios de la razón pura práctica, es menester admitir un progreso práctico tal como el objeto real de nuestra voluntad. De modo que, este progreso indefinido no es posible sino se admite la suposición de una *existencia* y de una personalidad del ser razonable persistiendo *infinitamente* (lo que se llama la inmortalidad del alma)» (10).

De todo esto se infiere que, malgrado nuestra buena voluntad, el soberano bien, la *santidad*, es una quimera bajo el profano punto de vista terrenal. La realización absoluta de la ley moral impone el postulado de la inmortalidad del alma. Sólo más allá de la vida es posible dar con la santidad. Lo esencial, para los que se interesan por el progreso moral de la humanidad, estaría en poder encontrarla en este bajo mundo, de lo contrario, maldita la falta que nos hace la tal santidad.

Quedamos, pues, enterados: la moral de Kant es irrealizable en este mundo por más desarrollada que tengamos la conciencia de la libertad de la voluntad, por más *buena voluntad* que exista. ¿Por qué este resultado tan desolador? El porqué nos lo dirá Nietzsche.

Pero Kant no se contenta con admitir la inmortalidad del alma: es necesario contar, también, con la existencia de Dios. «Nuestra razón abriga el deseo de que cada cual sea exactamente tan feliz como su conducta moral lo merezca. Este ideal no se realiza *aquí abajo*. Por esto postulamos un ser omnipotente, omnisciente, universalmente justo y bondadoso, que, á la vez soberano del mundo y creador de la Naturaleza, establezca en la otra vida ese equilibrio entre la felicidad y la virtud, *que falta en la tierra*». (11)

¡¡Claro está que Kant sólo da de la existencia una prueba moral; ya hemos demostrado la imposibilidad de la prueba metafísica. Pero, aun cuando se la considere como objeto mero de fé, semejante creencia no podría tener eficacia sino bajo la forma de convicción. Harto sabemos que el carác-

---

(10) "Crítica de la Razón práctica". Traducción de Picavet.

(11) "La Filosofía Alemana desde Kant". Falkemberg.

ter imperativo de la moral cristiana dimana de la profunda convicción en la existencia de Dios con todo su cortejo de horrores infernales y delicias paradisíacas. Entendida así la moral cristiana, reposa sobre una voluntad heteronómica, voluntad que indignaría á Kant. Este al despojarla de su aparato de ultratumba, ha pretendido convertirla en autonómica; más tarde, sin duda, en virtud de su pesimismo, convencido de que el hombre no se resigna á ser bueno gratuitamente, nos habló de Dios como un postulado de la razón práctica que no puede demostrarse á la luz de la razón pura. Esto explica cuán justas son las siguientes palabras de Nietzsche: «Para hacer sitio á su imperativo moral tuvo que reconstruir un mundo indemostrable, un *más allá* lógico; por eso hubo menester de su crítica de la razón pura.

Esa crítica no le hubiera hecho falta si no hubiese habido una cosa que le importaba más que todas: conseguir que su mundo moral fuese inatacable, mejor aún, inaccesible á la razón, pués de sobra comprendía cuán vulnerable es el orden moral frente á la razón. Ante la Naturaleza y la historia, ante la radical inmoralidad de la Naturaleza y de la historia, Kant, como todo buen alemán, era pesimista. Creía en la moral, no porque la demuestren la naturaleza y la historia, sino á pesar de que ambas la contradicen de contínuo. Para entender este *á pesar de,* podemos recordar algo semejante de Lutero, de aquel otro gran pesimista, que con su intrepidez característica quiso explicarlo un día á sus amigos, diciendo: «Si la razón pudiera comprender cómo Dios, que muestra tanta ira y crueldad, puede ser justo y bueno, ¿qué falta haría la fé?» Y es que en todos los tiempos nada ha producido impresión tan profunda en el alma humana como esta consecuencia, la más peligrosa de todas, que á un latino tiene que parecerle un pecado contra el entendimiento: *credo quia absurdum est* ». (12)

Ahora bien: al llegar á este punto, ¿cómo concebir en una moral tan racional la necesidad de la existencia de Dios? Ello equivale, en cierto modo, á restaurar el elemento em-

(12) Prólogo de Aurora.

pírico quitado á la moral cristiana. ¿No sería permitido suponer que Kant ha sido víctima de las sugestiones de su ascendencia luterana? Esto aseguran los comentaristas de Kant.

La libertad de la voluntad es la esencia del imperativo categórico. Pero cabe preguntarse si al aceptar la existencia de Dios, el imperativo categórico no se convierte en hipotético, lo que equivaldría á hacer de la moral un medio. En primer lugar, aún en el terreno abstracto, Kant no ha conseguido probar que la moral no sea un medio. «La dignidad de la humanidad, dice, consiste precisamente en esa propiedad que tiene de dictar leyes universales, pero con la condición de someterse á ellas por sí mismas». ¿Por sí mismas? Evidentemente, puede la sugestión, *el prejuicio del bien*,—frase de Vinet,—hacer que el individuo realice la aspiración de Kant, aunque no por completo, puesto que el prejuicio recibe eficacia en virtud de la afectividad y ya sabemos lo que piensa Kant de la afectividad. Pero el hecho de someterse á las leyes morales sin pensar en finalidad individual determinada, no excluye, en manera alguna, que la moral de Kant halle justificación en necesidades de índole social. La prueba evidente está en que los dos corifeos del amoralismo comienzan la parte negativa de su obra atacando el prejuicio social, la identidad ética de los individuos que componen una entidad gregaria, en una palabra, el nominalismo social, como le llama Palante, para demostrar que el individuo, con todos sus instintos, es la única realidad. De aquí se infiere, pués, que la moral de Kant es utilitaria bajo el punto de vista social, de lo contrario no se explica porque hemos de querer que la máxima de la voluntad pueda ser erigida en ley universal. Conviene advertir, ya que de amoralismo se trata, que semejante erección sólo se explica entre la convicción de que el hombre no sabe moverse sino para mayor gloria de su respectivo *ego*.

La moral cristiana no sólo es utilitaria socialmente, sino que lo es también bajo el punto de vista individual, puesto que es heteronómica. La esencia del Evangelio es algo de índole heteronómica, dado que ella consagra el bien objetivo

ante la perspectiva de una felicidad eterna. Se trata de un epicureismo solapado. Pero, por otra parte, bien puede asegurarse que Kant, al echarle en cara el cristianismo su carácter heteronómico, nos permite sospechar una inconsecuencia: de lo contrario, no debió pensar en el Dios cristiano, precisamente en el Dios cristiano. Si el cristianismo no le hubiera proporcionado sus dogmas, ¿de dónde hubiera sacado Kant sus postulados? ¿Porqué la teoria del soberano bien había de conducirle necesariamente al deísmo? Si lo limitado de esta vida excluía la posibilidad de realizar el soberano bien, no debió pensar en los pretendidos postulados: bastaba con declarar paladinamente que la moral formal es una quimera.

En siéndonos permitido abusar de las conjeturas, á la manera de Schopenhauer que no hace más que oliscar el *foetor judaicos*, en la moral que discutimos, ¿no habrá sido Kant víctima de las sugestiones del ambiente ético que le cupo en suerte vivir? ó, por otra parte, como Voltaire, ¿no habrá pensado que si Dios no existiera habría que crearlo? ¿Dado su pesimismo acerca de la naturaleza humana, ¿no habrá pensado en la utilidad de la idea de Dios? Si así fuere, cabe ver en el Dios de Kant, lo mismo que en el cristianismo, un simple instrumento ético. Así como los jardineros suelen colocar monigotes en sus jardines floridos para alejar á los pájaros nocivos, del mismo modo Kant y los cristianos colocan en el alma la creencia en Dios y en el más allá con el objeto de espantar á los motivos que pudieran determinar actos significadores del fracaso de la ley moral. Verdad es que el tal Dios quedaría reducido á desempeñar el miserable papel de espantajo, que es sumamente heteronómico.

Por lo que respecta á Kant, teniendo en cuenta su formalismo ético, equivale á abusar de la conjetura al entrar en semejante género de consideraciones; pero, si bien se mira, no puede negarse que resulta altamente incomprensible eso de que la teoría del soberano bien ha de conducirnos al deismo por el camino de la moral. Lo más honrado y lógico hubiera sido confesar, para gloria de Zaratustra, que la moral formal es una quimera, puesto que la humanidad es

orgánicamente inmoral. Y tanto más evidente resulta esto si no se olvida que, aún aceptando la vida de ultratumba, queda sin explicar cómo la pretendida armonía de la felicidad con la virtud habrá de realizarse precisamente fuera del mundo terrenal. En éste, los elementos de cuya conciliación debe nacer el soberano bien, son equiparables á dos líneas paralelas que no pueden encontrarse por más que se prolonguen, en este mundo, repito. Tal es el pensamiento de Kant.

Ahora bien: la vida futura no puede, en manera alguna suponerse como una simple prolongación de la vida terrenal, de lo contrario, la armonía de la felicidad con la virtud, es decir, la convergencia de las paralelas, no pasaría de ser un ideal en el mismo cielo. Aún cuando se imagine una vida infinita, el soberano bien no podría realizarse sino se postula un cambio radical en las condiciones de existencia. En el más allá diríamos volviendo á Spencer, la moral ideal se alcanzaría siempre que ideales fueren las condiciones de existencia, de lo contrario, la virtud y la felicidad se encontrarían en lo infinito, es decir, jamás.

De cualquier parte que se la vuelva, la concepción del soberano bien resulta pueril y arbitraria. Es tan quimérica que para realizarse es menester, tanto en la tierra como en el más allá, que el hombre se despoje de su organización. Se diría, que Kant no pudo olvidarse que nos persigue por doquiera, aún en el más allá, el cristiano pecado original.

Pero, cabe preguntarse una vez más, ¿la imposibilidad de llevar al terreno de la efectividad una moral formal, constituye, acaso, un sólido argumento que alegar en pro del amoralismo, sobre todo del voluntarismo dominador y criminal de Nietzsche? ¿En la heteronomia de la voluntad debe verse el fundamento del amoralismo, como quieren Kant y Nietzsche? No lo creo. Apenas si puede concederse que el criterio ético de Kant conduzca á un amoralismo subjetivo. La amoralidad solo existiría en el aspecto psíquico de la conducta, puesto que en la voluntad, quieras que no, siempre encontraremos un principio subjetivo. Y ya hemos visto que la doctrina ética de Kant implica el amoralismo de la afectividad. En esto le acompaña Nietzsche. Pero el criterio de que se valen entrambos para comprobar la esencial amoralidad de la sensibilidad, ¿ha tenido comprobación científica? Hay

razones para suponer que la vaguedad metafísica les ha empañado el criterio. ¿En nombre de qué principio inconcuso proclamarán la bancarrota de la moral social por culpa de la afectividad? ¿No es lícito suponer que tanto Nietzsche como Kant han sido corrompidos intelectualmente por el cristianismo? Kant encaró la vida con criterio, en cierto modo cristiano, y Nietzsche la encaró con el místico criterio de Kant, que no es sino la forma especulativa del primero. Se diría, empleando una expresión del mismo Nietzsche, que por las venas de ambos corría sangre de teólogos.

Hemos dicho que el criterio de Kant nos conducía á un resultado desolador, á comprobar la fatal inmoralidad de la naturaleza humana. Por más conciencia que tengamos de la libertad de la voluntad, quieras que no, Kant se desvelará por ver una gota de elemento empírico en el aspecto psíquico de la conducta, infiriéndose de aquí un amoralismo subjetivo. Nietzsche también, según hemos visto por sus propias palabras, declara que *el acto en sí no tiene nada de moral.* Los dos están de acuerdo, con la sola diferencia, importantísima sin duda, de que, ante la imposibilidad de eradicar los instintos y demás manifestaciones de sensibilidad, Kant, preconiza el formalismo ético para librarse de lo empírico, no sin dejar entrever la dificultad de tal liberación; y Nietzsche, por su parte, en lugar de participar de las lamentaciones de Kant, acudirá al más chocante de los expedientes que haya imaginado jamás pensador alguno. ¿Con que los instintos tienen la culpa del fracaso de la moral? No hay para que lamentarlo; antes al contrario, eso prueba que la moral es contra natural. Todo hombre que haya aprendido á no temblar ante la realidad, aún la más terrible, todo el que no haya perdido su serenidad filosófica, deberá decantar las causas de la inmoralidad, celebrará la apoteósis de las más torpes tendencias humanas, hará de la voluptuosidad, del crímen, del orgullo las virtudes cardinales del Evangelio del Superhombre, en una palabra: llegará á la suprema glorificación de los ineradicables instintos humanos. Es lo que hizo Nietzsche. Su filosofía amoralista, si bien se mira, es una hermosa manera de hacer de necesidad virtud.

CORIOLANO ALBERINI.

MANDOLINATA

Hoy, como ayer, al despuntar el alba,
¿Viste un rayo de sol
penetrar en tu alcoba, y sonreirte... ?
Ríele, por favor,
pues que cada mañana irá á llevarte
los «buenos días» que te mando yo.

*
* *

No existe abanico
con virtud tan rara,
—ni que esparza en su hálito
emoción tan grata,
como el que á mi frente,
generoso, irradia
beatitud de cármenes,
suavidades de aura,
cuando, al par, me agobian
calor y nostalgias. . . .
En él, cual ligeras
mariposas blancas,
parece que agitan
sin cesar las alas,
en feliz cardúmen,
sueños y esperanzas. . . .

Y evocando un nombre
con febriles ansias,
brotan de él recuerdos
que de amor embriagan,
y brotan caricias
que llegan al alma!

*
* *

I

Púdica y galana,
moruna ó cristiana;
sin aires de diosa,
pero alma piadosa
que guarde triunfales
encantos morales;
sin galas supremas
como en los poemas,
y sin porte egregio
ni coturno regio;
mas, con ansias puras,
y manos propicias
para las ternuras,
para las caricias.

II

Dulce y temblorosa,
tímida ó mimosa;
con un leve indicio
—mas, sin artificio,—
de humildad discreta
como de violeta;
de albo cútis terso,
ténue como el Verso,
ó de piel gitana
que ni el sol profana;
pero, con voz suave,
suspirante y fría
como arrullo de ave,
como melodía.

III

Fiel y acariciante,
plácida ó joyante;
con ojos de abismo
como el judaismo,
ó con ojos zarcos
como etéreos arcos;
ni una Circé artera,
ni Ifigenia austera;
pero, sí, amorosa
madre, al par que esposa.

. . . . . .

Morisca ó cristiana
mi estro la imagina;
pero, toda humana,
toda femenina.

*
* *

Escogido con primor
como emblema, un seductor
manojo de pensamientos,
vino á calmar mis tormentos,
dulce, amante, embriagador.
Y,—de amor mensaje fiel,—
al rozar su fina piel
mi labio, que en fiebre ardía....
dióme un cáliz la ambrosía
de otro beso puesto en él!

JULIO S. CANATA.

DE AMICIS

—

Aun recuerdo con melancolía aquellas tardes en que, en la escuela humilde en donde cursé mis primeras letras, nuestro maestro, para procurarnos un rato de esparcimiento en la última hora de clase, de ciertos nublados días invernales, tan pesada, tan larga, abría al acaso *Cuore*, y nos leía algún capítulo. Bastaba que nos dijese: «voy á leerles *Cuore*», para que cambiara súbitamente el aspecto de la clase. Al instante desaparecía el desórden, propio de la hora, y todos, cruzando los brazos, – significativo ademán que en nuestro lenguaje expresaba obediencia, nos disponíamos á escucharle atentos y de antemano conmovidos. Así conocimos, poco á poco, todos los cuentos mensuales del afortunado libro, que ya hoy día ha por completo entrado en las escuelas. En él amamos á esos pequeños héroes, cuya abnegación, cuyo dolor ó cuya muerte nos hizo derramar tantas lágrimas; y á nuestro afecto uníamos anhelos vagos de imitarlos, de ser buenos, de sacrificarnos como ellos por algo, por la patria, por la familia, por el desdichado.

He hablado de lágrimas. Sí, la mayoría de nosotros lloraba, cuando el maestro daba término á su lectura. Llorábamos muchos, bajo la mirada irónica de unos cuantos, que, menos sensibles ó más desatentos, se burlaban de nuestra emoción. Y á este propósito todavía recuerdo á un muchachito pelirrojo, mi compañero de banco, quien riéndose de mi repentino entristecimiento, solía decirme, todo orgulloso de su fortaleza:

—¡Bah! á mí no me hace nada!....

———

El recuerdo de mi afecto por el buen libro del que entonces apenas conocía el nombre del autor, ni me preocupaba conocerlo, me volvió fresco á la memoria, cuando supe la muerte de De Amicis.

La noticia me entristeció. Generalmente el fallecimiento de un escritor, aun de los que admiramos, no nos apesadumbra. Solemos lamentarlo con palabras triviales y pasamos. No así el de De Amicis. Su desaparición no ha sido, para nadie que lo conociera, la de un extraño, sino la de un conocido, la de un amigo. Se diría que ella ha dejado un vacío en nuestra casa.

El era, en efecto, de esos escritores con quienes entablamos una íntima amistad espiritual, de esos que nos parece ver á nuestro lado, porque saben conquistarnos por su franca dulzura, por su exquisito sentimiento. El se volcaba por entero en sus libros. Nada le ocultaba al lector, á quien solía hablar en ese tono franco y familiar de las confidencias.

Era además un observador perspicaz y curioso. En cualquier hecho, hasta en el más insignificante, hallaba una mina de observaciones sutiles y maravillosas. Sobre un gesto, sobre una sonrisa, detallaba mil ingeniosas consideraciones. Agudo psicólogo, agudo, sobre todo, porque veía las cosas serena y sencillamente, con interés y cariño, cada página suya era un tesoro por la fina comprensión de las almas que en ella revelaba. Y á sus dotes de observador unía un sano humorismo que, si contribuía á desfigurar un tanto la observación, moviéndolo á exagerar discretamente los rasgos más salientes de las cosas, algo, empero, agregaba al cuadro, iluminándolo como una dulce sonrisa.

De Amicis fué, sin duda, el más célebre de los literatos italianos que se propusieron ser modernos. Con Mantegazza fué el jefe de aquel grupo de escritores que, pisando las huellas de Manzoni, se habían propuesto hacer marchar la literatura en Italia de consuno con la de las demás naciones. En Mantegazza domina más la razón; en De Amicis el sentimiento. Recuérdese que éste escribió *Cuore* y aquél *Testa*.

De Amicis eliminó de sus escritos cuanto pudiera parecer honda meditación; todo en él fué una feliz espontaneidad,

una frecuente y graciosa intromisión de su persona en el asunto tratado, con contínuas alusiones á hechos y casos del día, y con agudezas ó mil recursos imprevistos que hiciéronle bien pronto popular. El está lejos talvez del ideal literario clásico, impersonal, en que el escritor sólo atiende al orgánico desarrollo de las ideas, á su análisis, á su expresión precisa, exigiéndole al lector un esfuerzo de atención del que pocos hoy día se sienten capaces; ideal característico de las letras italianas, cuya personal fisonomía las diferencia por completo de las francesas, más brillantes, más ligeras, más sutiles, más propias para interesar á todos. Está aún lejos, sin duda, del ideal literario de Carducci; acaso la misma novela de Verga, *I Malavoglia*, ó el drama de Giacosa *Come le foglie*, responden á un tipo de arte mas vigoroso; pero otras cualidades le rinden atrayente, la gracia, el suave sentimiento de que están impregnados sus escritos, la forma viva, natural, la lengua pura y el léxico abundante. No cautiva en De Amicis la importancia del contenido de sus escritos, ni la profundidad del pensamiento, ni la frase sólida, lapidaria: sólo se admira en él la efusión de su espíritu en una amable efervescencia de palabras. Todo lo hace interesante, porque es él quien lo cuenta: es un raro *causeur*, sobre todo, finamente educado. Lo que es odio, lo que es desprecio no lo conoce: no levanta la voz más de lo necesario, no predica, no pretende dogmatizar. A lo más podrá dar un consejo, nunca un precepto, y lo dará con la gracia con que se ofrece una flor. Sus escritos son como una serena emanación luminosa de su naturaleza y lo que en ellos más agrada es el conocimiento que dan del autor, con quien se entabla rápidamente amistad.

Resulta así un raro escritor sin proponérselo; un literato de nota sin presunción de serlo; un educador en cuanto nos hace sentir el valor de la educación, de la moderación en todo. El fué — caso raro en Italia, donde la polémica está á la orden del dia, — uno de los contados escritores italianos que no quisieron matar á nadie.

Trató la novela, el teatro y la poesía, la primera con éxito indiscutido; sin embargo, su campo era el boceto, la escena

aislada, el cuadro y todo tema que le dejara vagar libremente, que permitiera á su personalidad desbordarse.

Sus *Bocetos militares* obtuvieron así un estruendoso suceso. La crítica estuvo conteste en declarar que aquella era la prosa mejor que tenía Italia después de Manzoni. Bonghi, en sus célebres cartas sobre «porqué la literatura italiana no es popular en Italia», hacía notar que un italiano, á quien alguna señora francesa ó inglesa preguntara en un tren cuales literatos italianos debería leer, no se atrevería á citar sino á Manzoni ó De Amicis. Y en aquel entonces tenía casi razon, pues Bonghi se refería al interés que fuera de la península todos buscan en una obra literaria, mientras que en Italia, mas que á deleitar se atendía á la expresión exacta del pensamiento, siendo el contenido de las obras generalmente literario, erudito, reflejo de la vida de otras edades, como si la nuestra no mereciese ser tenida en cuenta por los escritores.

De Amicis era, en efecto, después de Manzoni, el primero que se narraba á sí mismo, expresando sentimientos propios, observaciones que la vida le había sugerido, y todo ello en el tono natural de quien conversa. Y el suceso de los *Bocetos* se confirmó con los «viajes», de los que se hicieron numerosas ediciones que desaparecían como una gota de agua sobre ascuas. Desde entonces su fama fué acrecentándose, á medida que dió á la publicidad su vasta producción, que la índole de estas breves líneas sin pretensiones de estudio crítico, no permite analizar como fuera menester. Sin embargo, como es ley fatal, muchos han afectado y afectan desdeñar esa obra. Y lo doloroso es que, no fundan su afectado desdén en razones estéticas siempre respetables, sino en la censura que les merece el sentimiento que De Amicis derramó en todos sus libros, sentimiento como ninguno espontáneo y sincero. Pero en la vida hay personas que, como ese muchachito pelirrojo, mi compañero de banco, se sienten orgullosas de poder exclamar:

— ¡Bah! eso no me hace nada!...

AMBROSIO PARDAL.

SANTIAGO DE LINIERS

POR PAUL GROUSSAC

Fuera de toda duda, el estro del señor Groussac está en ocaso. En su espíritu la tarde ha comenzado á caer, invadiéndolo todo de cansancio. Tal, por lo menos, nos lo revela su último libro: *Santiago de Liniers,* editado recientemente por la casa Moen.

Si bien el contenido del libro era ya harto conocido entre los estudiosos, pues fué publicado en *La Biblioteca* — la primera parte — y en *Los Anales* — la segunda — no teníamos aún lo que puede llamarse la impresión de conjunto, que difícilmente se logra con lecturas dislocadas. Y hoy, cuando esperábamos robustecer, á través de la unidad del libro, la buena opinión que nos mereciera la obra leída á saltos, una decepción — la más ingrata—epiloga la lectura.

Groussac ya no es Groussac. Aquel escritor, á ratos incomparable, que tenía la habilidad de maestro de armas para herir magistralmente en pleno pecho, se ha eclipsado: Menéndez y Pelayo tenía razón.

El que abra el *Santiago de Liniers,* libro con el propósito de buscar aquella admirable ironía que campeaba en todas las *notas* del Groussac de antes, del Groussac polemista y contendor de Piñero, se equivoca.

El *Santiago de Liniers.* ha sido podado. El autor dice en el prólogo — cuya lectura nos transmite yo no sé qué sensación

de fatiga — que ha quitado del libro todo aquello inútil que él ahora estima *irreverente.* El lector echa de ver, á poco que ande, algo que es innecesario apuntar aquí.

Toda la valentía característica del Groussac que rompía lanzas con todos y contra todo, se ha atenuado, y quizá vaya presto á desaparecer. El prólogo del reciente libro nos lo hace presumir así. Groussac está cansado de tirar al florete hiriendo siempre. Talvez le sobra aún agilidad, pero — por qué no decirlo — le ha llegado la hora de temer. El Groussac de ahora teme: y habla con un dejo marcado de pesadumbre; y sobre todo llama *glorioso anciano* al señor *historiador* Mitre, á aquel mismo de quien en cierta ocasión dijo que á diferencia de don Vicente F. Lopez, que tenía talento pero que no conocía el archivo, él lo conocía muy á fondo... y puntos suspensivos.

Pero aparte de todo esto, el *Santiago de Liniers* que en su estudio á propósito del libro de Ayarragaray *La anarquia*, el doctor Ingegnieros — aplicando el concepto de Renán, á la formación del pensamiento sociológico argentino — coloca en el segundo período, el del análisis, adolece de otros defectos sobre los cuales es bueno llamar la atención.

Por lo mismo que se ha asegurado que el señor Groussac *no se limita á escribir con pluma ó lápiz sus propias páginas, más acaso con papel de lija y goma de borrar los yerros de las páginas agenas,* debemos exigirle más de lo que por lo general se le suele pedir á un biógrafo.

He dicho que hay defectos en el libro de Groussac: Véamoslo. En primer término, los constituyen las pomposidades de una erudición del todo inútil que el autor almacena en los escaparates de sus notas, donde salen á relucir, desde el sonoro verso virgiliano, aprendido de memoria, hasta el título, en su idioma natal, de una obra de Shakespeare. Y después, — ¡oh injusticia! — se ha querido convertir en chiste, muy á propósito para ser rememorado en las amenas tertulias de café, una nota puesta por el señor Saldías en su libro sobre el Padre Castañeda, y en la cual recuerda, hablando de lo que era una escuela en los días de la Colonia, que siendo ministro de obras públicas de la provincia, hizo restaurar la

locomotora *Porteña* — la primera que conoció Buenos Aires — y colocarla en una sala del Museo de La Plata... (!)

En el libro del señor Groussac abundan las notas cargadas de una erudición tan ampulosa como innecesaria y con las cuales la técnica moderna de los estudios históricos está reñida por completo. A veces, tratando puntos de verdadera trascendencia, el señor Groussac interrumpe al lector para hacerle una cita en latín, ó recordarle tal ó cual frase de un determinado personaje de Molière — que entre paréntesis, diría Groussac, se llamaba Juan Bautista Poquelín — la cual divirtió enormemente á la famosa cocinera.

Por desgracia, empero, no es este el más serio de los defectos de la obra del señor Groussac. Indudablemente, hay en *Santiago de Liniers* verdadero trabajo de investigación histórica y prolija labor benedictina; pero también abundan juicios que acusan una precipitación inexplicable en un hombre que quiere ser á toda costa historiador imparcial.

Para mí no son otra cosa que juicios asaz precipitados esas opiniones emitidas doctoralmente al pasar, y las cuales no se apoyan en nada concreto. A todas les falta — por lo mismo que tienden á tener ribetes sociológicos — lo que de la Grasserie llama el *suelo natural*. Así, por ejemplo, — y aquí vendría bien la poda por irreverencia de que nos habla el autor — el señor Groussac peca contra los procedimientos y contra el criterio moderno, cuando haciendo uso de su punzante ironía, se permite ciertas libertades para con algo que hace al preliminar de la Revolución de Mayo.

Bien está que se analice y se destruya todo lo que á la luz de la crítica austera resulte falso, pero no es sereno, porqué sí, porque el hecho presta coyuntura para un floretazo y un buen gesto, sacrificar en aras de un placer, cuando mucho estético, lo que hasta ahora se tiene por verdad.

En mi espíritu bien amplio y lleno de Nietzsche, no caben — está fuera de duda — los anacronismos de la patriotería escolar; pero á fe que me subleva el prurito del snobismo cuando por quererlo ser más se lanza á escaramuzas de por sí *irreverentes*.

No soy de los que creen en la *grandiosidad* de la Revolu-

ción de Mayo, ni mucho menos de los que á toda costa pretenden que se reduzcan á silencio Roma y Esparta, porque asoma al mundo *la gran capital del Sud.* Por el contrario. Tengo para mí que el movimiento de Mayo, en realidad, está lejos de ser lo que creen la mayoría de los argentinos. Esto, empero, pienso que para decir la verdad en lo que á aquel hecho atañe, es necesario estudiar mucho y probar documentariamente cuanto se trate de sostener en contra de la tésis actual. Después de todo, nadie discute que el procedimiento que cuadra á esta clase de asuntos es el deductivo. El señor Groussac, á veces, no parece entenderlo así.

Todos estos defectos, de procedimiento unos y de criterio otros, no amenguan en lo mas mínimo el valor literario de la obra. El señor Groussac, tiene en este particular, una fama indiscutible, que soy el primero en reconocer. Precisamente por eso, huelga aquí todo juicio sobre su prosa, la mejor y más robusta de los escritores de América.

Hay también — y con esto termino — otro defecto en la obra, y este es capital. El señor Groussac se nos muestra, desde la primera á la última página, demasiado entusiasta por su héroe. Francés el biografiado y francés el biógrafo, teniendo ambos por escenario de su actividad á la tierra de América, el segundo se vuelve panegirista del primero — quizá contra su propósito — llevado por esa fuerza inexplicable, ó explicable talvez, que nos hace ver demasiado brillantes las acciones de nuestros compatriotas, cuando ellas se han llevado á cabo bajo un cielo y bajo una bandera que no son los que cobijaron nuestra cuna. Además, no creo que el señor Groussac pretenda ungir *héroe* á su biografiado. Liniers caudillo, después de todo, no fué mas que un producto de las circunstancias. Era natural que siendo el más aventurado de los que se levantaran contra el usurpador británico, fuese también el más favorecido por la simpatía popular. Y no entraña esto una injusticia. Si hubiese de levantarse un monumento á Liniers, sería el primero en contribuir con mi óbolo y con mis esfuerzos, empleados en propaganda de la idea, porque creo que debemos distribuir justicia histórica. El pueblo que inmortaliza en el marmol el recuerdo de uno

de sus servidores — indiscutiblemente útil en un momento dado — no debe pararse á hacer filosofía de la historia para ajustar á una equidad matemática la recompensa póstuma.

A nosotros no nos importa, ni debemos saber, lo que fué antes y lo que fué después de las invasiones don Santiago de Liniers, cuando tratemos de hacerle justicia respecto á su actuación en los dias de la Reconquista y la Defensa. Este es por lo menos mi criterio.

Y termino repitiendo, porque de ello estoy convencido, lo que dijo Juan Agustín García en sus *Ensayos,* esto es que Groussac moralista, fatigado de refutar en vano, prefiere sonreir de las tonteras oficiales y académicas que pasan, envueltas en períodos tan huecos como oratorios. Puesto en Francia, en su París — del cual se despide lagrimeando en el prólogó de *Santiago de Liniers* — su producción hubiera sido otra.

RÓMULO D. CÁRBIA.

LETRAS ARGENTINAS

«Memorias de un Sacristán», por JUAN A. GARCÍA.

Ingeniosamente ilustrada por el señor Carlos Clérice acaba de publicarse la segunda edición de esta obra, cuya aparición á fines de 1906, fué saludada con general aplauso por la crítica.

Emití en esa fecha mi opinión á su respecto, que de ningún modo ha variado, antes bien se ha afirmado con una segunda lectura, hecho que me induce á creer que ningunas palabras podría encontrar más sinceras y conformes á mi pensamiento para saludar esta nueva edición, que las que entonces escribí. Me remito, por consiguiente, á algunos parrafos de aquel juicio, que concretan en un todo mi opinión actual:

. . . . . .

«Para la redacción de estas memorias, la historia, la hagiografía, la demonología, la paciente lectura de polvorientos documentos coloniales, han sido puestas á contribución. Y bien se sabe la autoridad que el autor tiene en la materia. El es quizás entre nuestros contemporáneos quien más y mejor conoce la época colonial, en cuyo meollo se ha hundido, inspirado tal vez por aquel aforismo de Estrada que ha puesto como lema á una de sus obras, á *La Ciudad Indiana*: «Si conociéramos á fondo todos los fenómenos de la sociedad colonial, habríamos explicado las tres cuartas partes de los problemas que nos agobian». Y *La Ciudad Indiana*, con todos sus

inevitables defectos, es viviente testigo del valor del doctor García como sociólogo.

Ahora, en las *Memorias de un Sacristán*, nos presenta un libro de otra índole, pero inspirado en la misma tendencia. Aquella fué una obra de erudición, casi de vulgarización; ésta al contrario es de género ameno, novelesco; pero ambas tienen por base un escrupuloso, un minucioso conocimiento de los hechos.

En las *Memorias de un Sacristán* aparece la Buenos Aires del siglo XVIII considerada en su faz clerical. No son más que un trozo de la socialidad porteña colonial, pero un trozo real, viviente, palpitante. Ese ambiente, esa vida surgen ante nuestros ojos, llenos de vigoroso colorido.

Por allí vemos deslizarse unos frailes que discuten, que se arremeten. Sus ánimos están sordamente roídos por ponzoñosas envidias. Su dialéctica dista mucho de ser sutil. No aparecen en ella los finos, los tentadores sofismas, los interesantes dilemas. En los áridos cerebros de estos frailes retoña sólo raquíticamente la teología, ya en plena decadencia en la metrópoli, allá en Salamanca, cuanto más en estas tierras poco propicias para semejantes acrobatismos mentales. En las controversias, á lo sumo tienen habilidad para extraviarse en la chicana. Mas si les falta agudeza filosófica, les sobra, en cambio, la más burda superstición. Por doquiera ven al espíritu maligno en acecho de las almas.

Un inquisidor... Se llama fray Francisco de los Ríos. Lo atormenta un vehemente celo por la extinción de la inmoralidad. En su estrecho cráneo va rumiando serias represiones de la heregía triunfante. Su dogmatismo se exaspera frente á toda contradicción. Por cierto que es un tipo que despierta interés. Nos parece verlo surgir de las páginas del líbro, con su enjuto rostro de asceta, su color bilioso y sus delgados y pálidos labios, musitando graves amenazas.

Pasan monjas, pasan beatas... Por excepción hay un risueño obispo propenso á la afabilidad. La atmósfera está cargada de superstición. La idea del demonio obsesiona todos los ánimos. Con seriedad discuten los directores de almas sobre el modo de ahuyentar los íncubos y los súcubos. Estas cuestio-

nes son de suma gravedad: hay divergencias, se citan textos, se hace gala de una pomposa erudición. El culto católico se ha transformado en el más grosero fetiquismo.

En ese ambiente real, que sentimos, que comprendemos, surge una figura contradictoria, la del redactor de las memorias, el sacristán Raymundo. No es él un tipo de aquel tiempo: es más bien una figura tranquila, dulce, sonriente, que á duras penas parece reprimir bajo su hábito, su benévolo escepticismo finisecular. Algo hay en su espíritu de la sutil ironía de Anatole France. Lo envuelve una atmósfera asfixiante de renunciación, de anulación, de todo lo que implica instinto, alegría, placer: él, al contrario, ama la vida. Es discreto y sencillo. Deléitanle las ingenuas leyendas llenas de piadosas enseñanzas. Comprende la pasión humana, el extravío. Su filosofía es bondadosa y lijera, pero lo arrastra con frecuencia hasta las vecindades de la heregía. Si el comisario del Santo Oficio pudiese penetrar en el fondo de su alma, sin duda debería acudir á sus exorcismos para poner en fuga á tanto diablillo que la ocupa. Los vivaces ojos de Rita, la hembra lasciva, escándalo de severos frailes y de escrupulosas beatas, su aliento perfumado, su cuerpo voluptuoso, le llenan de angustia y de infinito perdón por las culpas humanas. ¿Qué siente él junto á la reja del confesonario, tras de la cual la cuarterona desmenuza lentamente y en voz baja, sus pecados amables, acariciándole el rostro con su aliento que huele á hinojo y á menta? ¿Qué siente «el hombre»?...

En las *Memorias de un Sacristán* no se desenvuelve una novela; sólo las constituyen unos simples cuadros rapidamente esbozados, pero que al armonizarse forman una gran tela en que el medio y la época se destacan con nitidez prodigiosa. Unicamente es de lamentar que el doctor García no le haya dado mayor rotundez al libro, que al concluír casi en forma trunca, nos deja con un íntimo deseo de saber más, de continuar algo más en compañía de Raymundo. Cuesta trabajo dejarlo. Se desearía seguir observando aún aquel fino, suave espíritu, á ratos atormentado, generalmente sereno.

Pero, aparte ya el interés puramente novelesco del libro, vale la pena detenerse sobre su mérito como obra erudita. Basta haberse puesto en contacto con los viejos papeles de la colonia, testigos y relatores de los hechos de ese tiempo, papeles á través de cuyos jadeantes períodos, de cuyo retorcido estilo ridiculamente hueco, se lee en las almas estrechas de nuestros antepasados, para comprender la ímproba labor contenida en las *Memorias de un Sacristán*, que han resultado toda una evocación. No falta tampoco en ellas aquí y allá, la frase breve, el rasgo fugitivo que encierra atinadísimas observaciones sobre nuestros mas fundamentales fenómenos psicológicos y colectivos. El carácter fugitivo de esas observaciones hará que pasen desapercibidas á muchos que hubieran quizás preferido verlas desenvueltas en numerosas paginas apoyadas sólidamente sobre eruditas notas. Todo es cuestión de temperamentos. Algunos diluyen en bien nutridos tomos los datos que han ido recogiendo merced á una asídua labor; otros sintetizan en un rasgo su rico caudal de experiencias. Estos logran dar una impresión de conjunto, presentarnos las cosas visibles y palpables; aquellos, no. Preferimos á los primeros, entre quienes se encuentra el doctor García.

Dignos también de atención son los conocimientos demonológicos presentados en el libro. Es por cierto de sumo interés conocer cual idea del diablo tenían los colonos americanos, desde que esa idea podrá servirnos de clave para explicarnos muchos caracteres importantes de su psicología. Esta tarea en parte la ha realizado el doctor García, que ha dedicado muchas paginas de las *Memorias* á tan entretenido como provechoso tópico, páginas en que conocemos las diversas modificaciones que el clásico rebelde, el Diablo europeo, ha sufrido al hallarse en contacto con los fetiches indios y negros. La materia se presta, sin embargo, para una más detenida atención de la que este libro ha podido prestarle. ¿Le deberemos al autor en el futuro un trabajo capital sobre el punto?»

«El Alma Española» por RICARDO ROJAS.

Rojas va afirmando paulatinamente y sin tropiezos su reputación literaria sobre una sólida base. Su obra, ya bastante vasta y sin nada de deleznable, acusa además todo un temperamento. No hay en ella discontinuidad como en la de otros escritores: ciertas características comunes de los tres libros que la constituyen, son testimonio de la unidad del pensamiento de su autor. El último de esos libros, recientemente llegado, es *El Alma española*, publicado por la biblioteca Sempére.

Es una recopilación de artículos críticos, que datan de diferentes fechas, sólidamente pensados, escritos con galanura, que dan muestras de la seriedad del pensamiento de Rojas y de su educación literaria poco común por aquí. Son artículos que no justifican talvez á primera vista el título demasiado amplio y significativo del libro, pero que, bien considerados, lo explican suficientemente. Ellos, en efecto, no son unas simples crónicas más ó menos superficiales, de aquellas que—como todas estas que se escriben al día viven una hora y mueren, cumpliendo su misión del momento. No. Algo alienta en ellas de más positivo y más serio: es el sentimiento profundo del alma española que Rojas posee y que en todas ellas ha puesto; es la compresión de esa alma, tan compleja y tan rica, de la que, yo creo que por desgracia, estamos nosotros, los argentinos, demasiado divorciados. Pero á Rojas no le falta el sentimiento de la tradición de la raza, de la que se siente el eco en todos sus libros; su lenguaje conserva algo de lo grave y jugoso de la buena prosa castellana; y, todo ello, adviértase, lo remoza con su cultura bien moderna y su conocimiento de las cosas de Francia.

Doblemente elogiable, pues, lo considero: no sólo por el talento que en todas sus obras demuestra, sino también por el espíritu de esas obras, que tiene mucho de castizo que me sabe á bien. Pues, ciertamente, ninguna cosa más provechoso para nuestras letras que esa influencia francesa, sólo reprobable por los rancios pedantes, que ha venido á airearlas, que les ha abierto horizontes, que las ha puesto en el buen

camino; únanse á ella enhorabuena, si es posible, otras influencias, sobre todo la italiana; pero manténgase en nuestras letras el espíritu español, que si la literatura francesa les ha aportado elementos que les faltaban, ese espíritu que es su lastre, les da el nervio, el colorido, el modo de ser propios del sentir de la raza, de la cual,—vamos!—no estamos aún tan desvinculados. Téngase efectivamente en cuenta que es el castellano nuestro idioma y que, si algo nos conviene, es ahondarlo y espulgarlo y conocerlo mejor, para usarlo con provecho, más bien que dar á nuestra lengua ese colorido gris que va adquiriendo por el calco que de ella hacemos sobre la francesa. Léase si no *El imperio jesuítico* de Lugones—justamente me refiero á un libro de actualidad—y dígase si no vale más esa prosa gallarda que sabe á castizo, que esa jerga mestiza é incolora en la que todos solemos nadar. Mas el tema es largo y no como para desarrollarlo en una breve nota bibliográfica. Me felicito, sin embargo, que á estas consideraciones me haya llevado el libro de Rojas, en el que me he sentido durante unas horas enmedio de una atmósfera sana.

«Burbujas de la vida», por MANUEL UGARTE.

Mi primera impresión, al recibir el libro, no fué, lo confieso, favorable á su autor. Su índole y el título ingenuo no eran, por cierto, los más propios para hacérmelo simpático. Tengo, en efecto, opiniones radicales sobre esas obras heterógeneas, formadas con los más opuestos artículos, obras sin espíritu y sin unidad, contra las que ya he tenido ocasión de arremeter varias veces. Y creí por un instante que la de Ugarte entrara en el número. Pero su lectura me conquistó y me mostró mi engaño.

Ugarte no ha necesitado esforzarse para reunir el material de ese libro. Cronista fecundo, brillante, poco ha debido costarle hallar las páginas necesarias entre su producción dispersa. Y como libro de crónicas, todas sabrosas en su superficialidad genérica, merece con justicia el elogio. Se lee sin esfuerzo, sugiere agradables reflexiones, y se deja de las manos con la misma benévola simpatía con que se despide en el café á un amable vecino de mesa que nos ha en-

tretenido unas horas con su charla espiritual y ligera. Además, si el vecino ha expuesto alguna paradoja más atrevida que seria, ó si ha emitido sobre algo ó alguien un juicio algún tanto apresurado, se lo perdonamos indulgentes, atendiendo á las circunstancias: é igual cosa diré de Ugarte, cuando lo hallo asaz pródigo en elogios para hombres y cosas que no los merecen. Por otra parte, estos sus pecadillos algo perjudiciales porque logran envanecer á tanto grafómano que anda por estas tierras, son compensados con exceso por la labor lenta pero proficua que él realiza desde París, sirviendo de vehículo de comunicación mediante sus cartas, sus artículos y sus libros, entre las diversas repúblicas hispanoamericanas, entre éstas y la madre patria, y, si se quiere, aún entre estas y Francia.

«**Cantos de juventud**» por ANGEL DIEZ DE MEDINA.

Es el título del tomito de versos que este distinguido escritor boliviano, residente entre nosotros, nos remite. Versos ligeros, algo vulgares, con no pocas inexperiencias propias de la edad en que su autor nos dice fueron escritos, tienen, sin embargo, el mérito de constituir una notación nada monótona de la vida sentimental de su autor. Efectivamente el dolor y la alegría, el odio y el amor, la fé entusiasta ó el amargo escepticismo, la esperanza de un instante ó la desesperanza de otro, se confunden en esas rimas, dándoles variedad y animación.

Las precede un prólogo, que es una página de bella prosa que nos encariña con el autor por la no fingida modestia que en ellas se transparenta.

ROBERTO F. GIUSTI.

CONCURSO LABARDÉN

El día 16 del pasado mes de Marzo, dieron comienzo las representaciones de las obras seleccionadas por el jurado del concurso dramático iniciado por el Conservatorio Labardén. Ya era tiempo. Bastante se escribió y habló sobre él, durante el largo año de espectativa transcurrido. Hasta un pleito hubo en trámite. Decididamente, entre nosotros no tienen suerte los concursos teatrales. Basta si no recordar las divertidas escenas á que diera lugar el anterior.

Las bases del concurso fijaban en quince el número de las obras á seleccionarse de las presentadas. Ahora bien, el jurado en su fallo ha considerado á veinte obras dignas de tal distinción, lo que, á primera vista, indica que el éxito del concurso ha sobrepujado todas las esperanzas.

En la realidad, ¿resultarán todas ellas merecedoras de la elección? A anotar esto debe limitarse la crítica seria, aplaudiendo al jurado sin titubeos si así sucediera y dejando caer sobre él todo el peso de su severidad si aconteciese lo contrario.

«El Fruto Sano», la primera de las obras representadas, es una comedia de positivo mérito, que coloca á su autor al lado de nuestros mejores dramaturgos.

He aquí brevemente relatado su argumento:

El doctor Alberto Mendía, abogado de renombre, acaba de obtener un gran triunfo en la defensa de un acusado. Esto hace que en los momentos de iniciarse la acción, sea el hombre del día en los periódicos y salones.

En casa de Leonor, de quien se halla enamorado el doctor Mendía, no se habla de otra cosa. Sus padres, y Ricardo y Luisa, antiguos amigos de la familia, discuten á porfía sus méritos. Unicamente Leonor, mujer voluntariosa y coqueta, pues se siente poseída de su superioridad, presume no preocuparse de la fama que circunda á su festejante. Se le reprocha su conducta cruel y peligrosa, pues corre de este modo el riesgo de perder un candidato tan envidiable. Pero ella, segura de sí misma, desoye todos los consejos, y se ríe de los que

por carta le envía Elvira, su prima, chicuela que á pesar de su corta edad—dice—asume aires de hermana mayor.

En esta pendiente llega hasta rechazar directamente la mano que el doctor Mendía le ofrece, en una escena que juzgamos la mejor de la obra y digna en un todo de un gran dramaturgo.

Inmediatamente se vé que Leonor ha jugado con fuego. Alberto debía quedarse á cenar en la casa, festejando su triunfo. Pero rechazadas sus pretensiones y para no pasar un mal momento, prefiere retirarse, echando mano de un pretexto cualquiera. Ella, al enterarse de su partida, que no esperaba, sufre un violento choque en su amor propio y, aunque lo niega, demuestra su impaciencia, en la misma agitación con que cuenta que ha rechazado su mano, sin importarle gran cosa la celebridad del postulante.

Con esta escena termina el acto. Es este un primer acto casi perfecto. La exposición es clara y rápida. Los caracteres bien perfilados, se destacan nítidamente desde la primer palabra, especialmente el de la protagonista. El diálogo brillante y lleno de colorido está manejado con gran precisión. Un poco falso, sin embargo, el que tiene lugar entre el doctor Mendía y los padres de Leonor.

Segundo acto: Elvira, la primita, ha regresado de Europa con la mamá, señora que á pesar de ser una criolla de buena ley, apegada á la estancia y á la sencillez campesina, ha ido al viejo mundo en busca de unos títulos nobiliarios que, revisando papeles antiguos, se dió cuenta le correspondían.

Al alzarse el telón se halla reunida toda la familia; también están Ricardo y Luisa. Todos acosan á la buena señora por su manía nobiliaria, recibiendo de ella algunas contestaciones algo francas, y que ponen de manifiesto lo no poco de envidia que se oculta tras las críticas de los parientes. Esta escena, que mantiene el interés de los espectadores á pesar de su extensión, nos parece exagerada en el tono de acrimonía que tienen todas las frases que se pronuncian en ella, y por lo tanto poco real.

Tampoco nos resulta real la escena siguiente entre Leonor y Elvira, en la que, como al autor no le conviene descubrir el secreto hasta el final de acto, ésta oculta, á riesgo de pasar por hipócrita, el compromiso contraido en Europa con el doctor Mendía.

Naturalmente Leonor está ahora más enamorada que nunca de Alberto. Demuestra un interés por saber noticias suyas, que la descubren ante el menos avisado. Por fin su alegría estalla cuando su hermano Félix entra anunciando el regreso de Mendía y su próxima visita á la casa.

Este es recibido en las palmas de todos. Pero desde su aparición en la sala se ve que su interés ya no se dirige á la rara y caprichosa Leonor del primer acto, sino á su primita. Y como la tensión de esta escena no puede mantenerse más tiempo, termina el acto con el consabido *tableau*: el anuncio

hecho por la madre de Elvira, del próximo matrimonio de su hija con el doctor Alberto Mendía.

Este acto nos parece el más flojo de los tres y el más torturado. Por el efecto final, sacrifica la veracidad de las escenas y hace casi antipática á Elvira, á quien el autor quiere presentar como prototipo de bondad y buena educación, frente á Leonor que no tiene corazón, según sus propias palabras, y ha sido mal educada, si nos atenemos á lo que la madre de Elvira dice á la madre de Leonor, en una exposición didáctica sobre cual debe ser la educación de los hijos. A decir verdad, no notamos en el desarrollo de la obra semejante carencia de educación en Leonor; su manera de ser, depende de su temperamento y no de la educación recibida. Al contrario, nos parece una señorita muy educada y con quien de buena gana se sostendría un buen rato de conversación.

El tercer acto es muy rápido. No tiene en realidad más que una escena: la última, siendo solo destinadas á prepararla las que le anteceden.

Leonor y sus padres, anonadados por la revelación con que termina el segundo acto, no pueden, sin embargo, considerar perdida la partida. Se ilusionan pensando que la actitud de Alberto se deba quizás al despecho de verse rechazado por Leonor y así lo insinúan á Elvira y á la madre de ésta. Ambas se indignan ante la sola sospecha y quieren y exigen que el mismo Alberto sea quien despeje toda duda. Llamado con este objeto, se presenta y entonces tiene lugar la escena culminante de la obra: aquella en que Elvira y Leonor frente á frente del hombre que las dos aman, se lo disputan en un diálogo cálido de pasión, en el que Elvira hace con vehemencia el análisis del cariño de ambas y abre ante la vista de Alberto asombrado, un horizonte de sana felicidad futura. Su verba elocuente triunfa y cae el telón dejándola en brazos de aquel por cuya posesión tuviera que luchar tan denodadamente durante unos minutos. A pesar de la nobleza de alma que pone de manifiesto esta escena, las simpatías del público se quedan con Leonor. Posiblemente, depende en gran parte este resultado de la interpretación.

«El Fruto Sano», lo repetimos, es una hermosa comedia, con la cual ha inaugurado dignamente el concurso la serie de sus representaciones.

«La Soberbia», segunda de las obras seleccionadas por el jurado, ha merecido un juicio unánime. Crítica y público han estado contestes en afirmar, y con sobrada razón á nuestro juicio, que es una mala comedia, sin caracteres, de asunto pobre y de factura mediocre. Lo único que en ella ha resaltado á los ojos de todos, son unos lamentables chistes que salpican las escenas de vez en cuando. La elección de esta obra por parte del jurado, verdaderamente no se explica.

«Divina», tercera de las obras del Concurso, obtuvo la noche de su estreno un éxito franco y merecido.

Lamentamos que la absoluta falta de espacio nos impida dedicar toda la extensión que desearíamos al análisis de esta obra, reveladora de un talento joven y promesa de futuros triunfos.

Con un argumento simple, que se desarrolla lentamente, sin choques violentos ni *trucs* de ningún género, ha sabido el autor mantener durante tres actos pendiente al auditorio de la música arrulladora de las frases que brotaban espontáneas de labios de los personajes.

Y es este un verdadero triunfo si se tiene en cuenta lo convencional de los diálogos. Bien es cierto que si el señor Sarcey viviera me diría que no hay teatro sin convenciones; que es imposible alzar el telón sobre un rincón de realidad, y que el autor dramático no sirve á su público si no realidades arregladas. Pero, hoy en día, después de haber pasado el movimiento naturalista por la novela y por la escena, no es ya posible hacer la misma afirmación. Los naturalistas pensaban, y con razón, que cuanto más se daba la sensación de la vida, más se hacía obra de artista.

Esta incorrección de «Divina« seguramente no la encontraremos en las obras posteriores del autor quien no es todavía un « hombre de teatro » y por lo tanto hay que pasar por alto defectos que sería difícil no contuviera una primera obra.

Los caracteres bien estudiados, especialmente los de Lorenzo y Damiana. No así el de Divina, resultando inexplicable de todo punto su decisión final, dada la escena que tiene lugar momentos antes entre ella y Lorenzo. Para solucionar el conflicto que se le plantea, cualquier expediente, el del suicidio mismo era concebible, menos aquel á que apela.

Con todo, «Divina» es una comedia que puede figurar con justicia entre las obras elegidas por el Jurado.

En este mismo teatro, Julio Castellanos, autor ya ventajosamente conocido por sus producciones anteriores, ha estrenado una breve comedia de salón, titulada «Los Novios», que ha obtenido el éxito que le correspondía. En efecto la pieza, graciosa y bien tramada, llena de rasgos felices, mantiene despierta la atención de los espectadores durante todo su desarrollo. Y no es del caso pasar por alto sobre estas obras teatrales de escasa importancia, pues, si pretendemos crear un teatro nacional, no sólo hemos de atender á las obras de aliento sino también á las de menor cuantía, sólo sean simples entremeses, para desterrar una vez de la escena esos burdos sainetes, ofensivos del buen gusto y de las buenas costumbres.

ALFREDO A. BIANCHI.

NOTAS Y COMENTARIOS

Enrique A. S. Delachaux—En momentos de terminarse la impresión de este número, nos llega la noticia de la muerte de este distinguido geógrafo francés, residente entre nosotros, impidiéndonos la falta de tiempo y espacio dedicarle toda la atención que sus sólidas cualidades de hombre de ciencia merecerían. El puede con justicia figurar entre aquella falange de hombres de estudio que de tarde en tarde ha enviado Europa á estas playas. ¡Lástima grande que una muerte prematura le haya impedido realizar la tarea á que su saber le destinaba, de cavar hondo surco mediante su vasta doctrina y sus amplias vistas, siempre llenas de un vivificante humanitarismo! Quedan, sin embargo, como frutos de su paso fugaz entre nosotros, los muchos artículos que en diarios y revistas del país escribió y la influencia ejercida por su enseñanza de cuatro años en la Facultad de Filosofía y Letras, y últimamente en la Universidad de La Plata.

Ida Baroffio Bertolotti—Esta distinguida escritora extranjera se incorpora desde el presente número al grupo de redactores de la Revista. Recientemente llegada de Italia, en el corto tiempo de permanencia que lleva entre nosotros, ha conseguido un envidiabilísimo renombre, mediante sus asiduas colaboraciones en *La Prensa*, que le han conquistado las simpatías de todos sus lectores, hasta de los más exigentes, mucho más tratándose de literatura femenina, siempre

recibida con la natural desconfianza. Posee, en efecto, la gentil escritora, un espiritu delicado, una penetración exquisita, y un estilo vívido y rico que hacen de cada uno de sus artículos una página de prosa irreprochable, varonil por el pensamiento, femenina por la delicadeza y la gracia.

En *Nosotros* ella tratará asiduamente esos estudios de vida y psicología femeniles, temas de su especial predilección en los cualcs ya ha acreditado su pluma, iniciándolos con el que este número lleva sobre las mujeres que escriben, estudio en que la rapidez del desarrollo no obstaculiza ni la exactitud de las observaciones, ni la seguridad del juicio, ni la comprensión total del asunto.

Advertencia—Siendo especial empeño de la dirección de esta revista el de dar á sus colaboradores la más absoluta libertad de criterio, y, por tal razón, confundiéndose tan á menudo en sus páginas las más variadas y radicales opiniones, singularmente en los artículos de crítica literaria, opiniones que á veces no concuerdan, antes bien están en pleno desacuerdo con las de la dirección, ésta se halla en la obligación de advertir, aunque todo lector avisado lo habrá siempre supuesto, que no se responsabiliza de los juicios emitidos en las páginas de la revista, reservándose su independencia de pensamiento en todos los casos. Por otra parte, sería inconcebible semejante consentimiento invariable de la dirección con las opiniones en la revista vertidas, considerando la diversidad inconciliable de las tales, fundada en el carácter ecléctico que en materia artística, literaria ó filosófica quiso darle á *Nosotros.* Esto para evitar posibles malentendidos.

Libros recibidos—*Enrique Gómez Carrillo*—«Langueurs d'Alger»—Traduit de l'espagnol por Ch. Barthez—París—E. Sansot et Cia., 1908.

Manuel Ugarte—«Burbujas de la vida»—París—Paul Ollendorff—1908.

Ricardo Rojas—«El alma española»—F. Sempere y Compañía, editores—Valencia—1908.

Leopoldo Lugones—«El Imperio Jesuítico»—Ensayo histórico—Segunda edición, corregida y aumentada—Buenos Aires—

Arnoldo Moen y Hermano, editores—1908. (Nos ocuparemos de él en el próximo número).

Miguel de Unamuno—«Recuerdos de niñez y de mocedad»—Madrid—Fernando Fé y Victoriano Suárez, editores—1908. (Nos ocuparemos de él en el próximo número).

Angel Diez de Medina—«Cantos de juventud»—Buenos Aires—1908

José Eneas Riú—«Yerba mala»—Cuadro dramático en un acto—Buenos Aires—1908.

Revistas recibidas:—«Anales del Círculo de la Prensa»—Buenos Aires.

«Anales del Ateneo de Panamá»—Panamá.

«Archivos de Psiquiatria y criminología»—Buenos Aires.

«Archivos de Pedagogía y ciencias afines»—La Plata.

«Colección Ariel»—San José (Costa Rica).

«Cultura Española»—Madrid.

«El Fígaro»—Habana.

«El Cuento Semanal»—Madrid—Buenos Aires.

«Ensayos y Rumbos»—Buenos Aires.

«España y América»—Madrid.

«La Revista Artística y Teatral»—Buenos Aires.

«La Verdad»—Buenos Aires.

«La Rassegna Nazionale»—Firenze.

«La Lectura»—Madrid.

«Líneas»—Cartajena (Colombia).

«Mes Literario»—Coro (Venezuela).

«Nuevos Ritos»—Panamá.

«Páginas Ilustradas»—San José (Costa Rica).

«Revista de la Facultad de Letras y Ciencias»—Habana.

«Revista de Letras y Ciencias Sociales»—Tucumán.

«Revista Histórica»—Montevideo.

«Revista Jurídica y de Ciencias Sociales»—Buenos Aires.

«Vida Intelectual»—San Salvador.

NOSOTROS.